

EL
CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA

TOMO TRIGÉSIMOCUARTO



PARIS

ADMINISTRACION GENERAL

X. DE LASSALLE Y MÉLAN, EDITORES-PROPIETARIOS

PASSAGE SAULNIER, N° 4

—
1869

GOBIERNO DE CHILE

MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE

LIBRO DE TEXTO

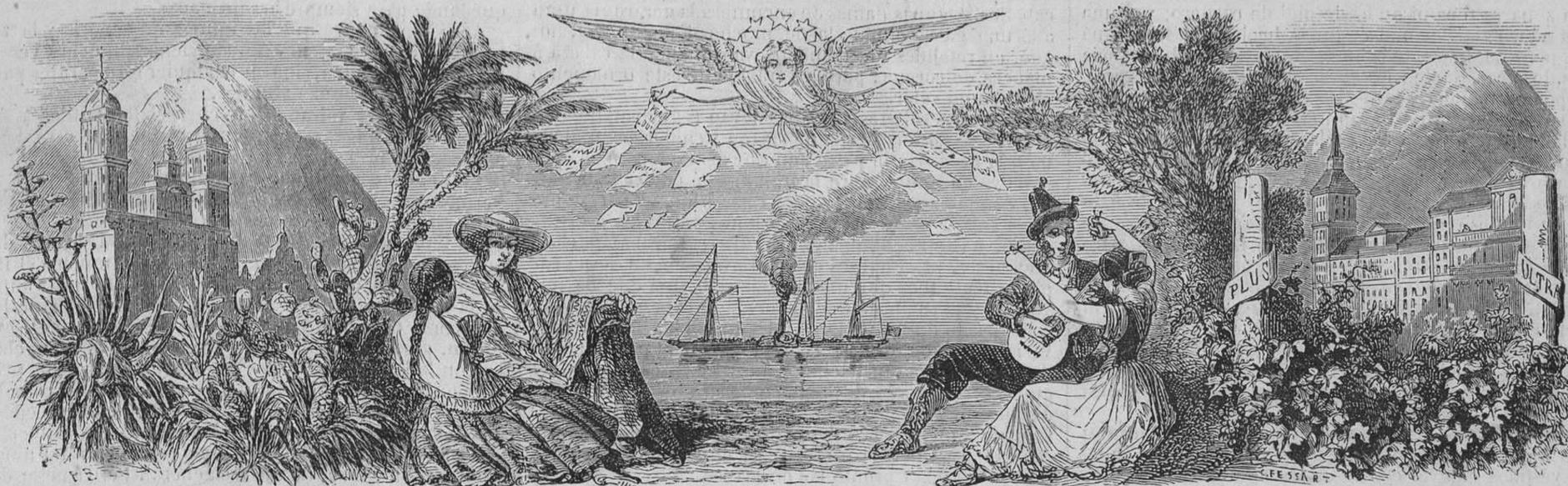


MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE

	Págs.		Págs.		Págs.		
El nuevo postigo del Emperador en el Louvre (grabado)	171	Número 875.			Un matrimonio de la mano izquierda	334	
Carreras de velocíferos con obstáculos (grabado)	173	España: Salida de una banda carlista de una aldea de Cataluña	257	Los dos matrimonios	335		
El del capuz colorado	id.	Estudios históricos	258	Los caballos de M. Schikler (grabado)	336		
Problemas de ajedrez (grabado)	176	El istmo de Suez (grabado)	259	Número 880.			
Las cercanías de París (grabado)	id.	Fiestas de Ginebra (grabados)	261	Las fiestas de Suez (grabado)	337		
Número 870.			Revista de París	262	Revista española	338	
El mariscal Niel (grabados)	178	Poesías	263	Sucesos de España (grabado)	339		
Viajes de verano: Fuenterrabía la Guerrera	id.	El beton aglomerado (grabados)	id.	Lord Derby (grabado)	341		
Poesías: La Novicia. — El Calvario	179	Tradicion de los rabinos de Jerusalem	266	Revista de París	342		
Sucesos de España (grabado)	182	Conor O'Mara, tradicion irlandesa	id.	Poesías	343		
Revista de París	id.	El crimen de Pantin (grabado)	268	Viaje á Oriente de S. M. la emperatriz (grabados)	344		
Curiosidades parisienses: Los Mercados	183	Embellecimientos de París (grabado)	id.	Episodios de la vida de un naturalista	345		
Inauguracion de la estatua de Massena en Niza (grabado)	184	Historia de un pañuelo blanco	270	El istmo de Suez (grabados)	347		
El campamento de Furceni (grabados)	185	Problemas de ajedrez (grabado)	272	La gran manifestacion de los fenianos (grabados)	id.		
Curiosidad literaria	186	Incendio del teatro real de Dresde (grabado)	id.	Los dos millonarios	349		
El istmo de Suez (grabados)	187	Número 876.			Problemas de ajedrez (grabado)	351	
El del capuz colorado	190	Incendio del Hipódromo (grabado)	274	La Francia pintoresca (grabados)	id.		
El bello ideal del matrimonio	191	Revista española	id.	Número 881.			
Cercanías de París: La Grenouillère en Bougival (grabado)	192	Gran tiro internacional y fiestas de Lieja (grabados)	277	Incendio del puente de Poissy en la noche del 2 de noviembre (grabado)	354		
Número 871.			M. Bourbeau, nuevo ministro de Instruccion pública en Francia (grabado)	id.	Costumbres-Tradiciones: Antigüedad del carnaval, ó saturnales antiguas ó modernas	id.	
Nuevos ejercicios de la flota rusa (grabado)	193	Revista de París	278	Sucesos de Dalmacia (grabado)	355		
Revista española	194	Poesía	279	Viaje á Oriente de S. M. la emperatriz (grabado)	id.		
Poesía	195	Conor O'Mara, tradicion irlandesa	id.	Revista de París	358		
Viaje de S. M. la emperatriz y del príncipe imperial, de Lion á Tolon (grabados)	196	Incendio en Burdeos (grabado)	280	Poesías	359		
Revista de París	198	Estudios históricos	281	El istmo de Suez (grabados)	id.		
Juan Cristiano Oersted	199	Tres dias en Nápoles	282	Los dos millonarios	362		
Muerte de un avaro	id.	La República de Guatemala (grabados)	284	El nuevo teatro de la Opera de París (grabados)	364		
El cable trasatlántico francés (grabados)	200	Curiosidades parisienses: Mercados centrales: La venta pública del pescado (grabado)	286	El baron de Werther (grabado)	365		
Curiosidad literaria	202	Historia de un pañuelo blanco	id.	Actualidades, caricaturas por Bertall (grabados)	id.		
Exposicion de la Escuela de Bellas Artes de París (grabados)	205	Nueva corneta de caza (grabado)	288	La mujer de los siete maridos	366		
El bello ideal del matrimonio	206	Las Vendimias (grabado)	id.	La Francia pintoresca: Las Landas (grabados)	367		
Problemas de ajedrez (grabado)	208	Número 877.			Número 882.		
El general Lebœuf, ministro de la Guerra en Francia (grabado)	id.	Inauguracion de la estatua del general Leclerc en Pontoise (grabado)	290	La princesa Elisabeth de Wied, prometida esposa del príncipe de la Rumania (grabado)	353		
Número 872.			El Derecho, el Deber y la Libertad	id.	Estudios literarios: Poetas alemanes del siglo XIX	354	
Viaje á Córcega de S. M. la emperatriz y del príncipe imperial (grabados)	210	Viaje á Oriente de S. M. la emperatriz Eugenia (grabado)	291	Las reuniones electorales en París (grabados)	355		
La plegaria	id.	Sucesos de España (grabados)	id.	Revista de París	358		
Viajes de verano: Una visita á Nuestra Señora de Guadalupe	211	Revista de París	294	Poesías	359		
El mundo y la inocencia	213	Poesías	295	Sucesos de Dalmacia (grabados)	id.		
Revista de París	214	El palacio de ismailia (grabado)	id.	El nuevo teatro de la Opera en París (grabados)	361		
La nieta de Ruy-Perez	215	Itinerario en Suez y en el Bajo Egipto (grabado)	id.	La mujer de los siete maridos	362		
El istmo de Suez (grabados)	217	El istmo de Suez (grabados)	296	Viaje á Oriente de S. M. la emperatriz: Inauguracion del canal marítimo de Suez (grabado)	363		
Curiosidad literaria	218	Historia de un pañuelo blanco	298	El istmo de Suez (grabados)	365		
Teatro de la Gaité: <i>La Gata Blanca</i> , comedia de magia (grabado)	220	Un matrimonio de la mano izquierda	299	Los dos millonarios	366		
Las regatas anglo-americanas en el Támesis (grabado)	222	La República de Guatemala (grabados)	300	Problemas de ajedrez (grabado)	367		
El bello ideal del matrimonio	id.	Estudios de costumbres, caricaturas por Randon (grabados)	301	Historia de las piedras (grabados)	368		
El baron Enrique Leys, pintor de Amberes (grabado)	224	Tres dias en Nápoles	302	Número 883.			
Número 873.			Bellas Artes (grabado)	304	El Concilio ecuménico (grabado)	385	
Viaje á Córcega de S. M. la emperatriz y del príncipe imperial (grabados)	225	Problemas de ajedrez (grabado)	id.	Estudios literarios: Poetas alemanes del siglo XIX	386		
Curiosidades parisienses	226	Número 878.			Sucesos de Dalmacia (grabados)	389	
Revista de París	230	Voluntarios de la Libertad en el campanario de la catedral de Barcelona (grabado)	305	Los convidados del vírey visitando los hipogeos en el alto Egipto (grabado)	id.		
La nieta de Ruy-Perez	231	El Derecho, el Deber y la Libertad	id.	Revista de París	390		
El istmo de Suez (grabados)	232	Viaje á Oriente de S. M. la emperatriz Eugenia (grabados)	309	Poesías	id.		
El bello ideal del matrimonio	234	Revista de París	310	Inauguracion del istmo de Suez (grabados)	392		
El escultor Dantan (grabado)	235	Poesía	310	Los dos millonarios	394		
Exposicion internacional en Amsterdam (grabados)	id.	El istmo de Suez (grabados)	312	El istmo de Suez (grabados)	395		
Curiosidad literaria	238	Tres dias en Nápoles	314	La mujer de los siete maridos	398		
Tradicion de los rabinos de Jerusalem	239	Minas de Silesia (grabado)	315	Problemas de ajedrez (grabado)	399		
Problemas de ajedrez (grabado)	240	Francia pintoresca (grabados)	317	Reformas que se proponen en el uniforme de la guardia nacional, por Cham (grabados)	400		
Ferro-carril de Aurillac á Murat (grabados)	id.	Un matrimonio de la mano izquierda	318	Número 884.			
Número 874.			Nuevos aparatos de salvamento en caso de incendio (grabados)	320	Un drama en los aires á 11,000 metros de la tierra (grabado)	401	
El centenario de Humboldt (grabado)	242	Número 879.			Revista española	id.	
Estudios históricos	id.	Sucesos de España (grabados)	322	El Concilio ecuménico (grabado)	403		
Exposicion internacional de horticultura en Hamburgo (grabado)	244	El Derecho, el Deber y la Libertad	id.	El istmo de Suez (grabado)	406		
Quinto centenario de Juan Huss (grabado)	245	Episodios de la vida de un naturalista	323	Revista de París	id.		
Revista de París	246	Reunion pública en París el 18 de octubre (grabado)	325	Poesías	407		
Poesías	247	Revista de París	326	El nuevo teatro de la Opera en París (grabados)	409		
El istmo de Suez (grabados)	248	Poesía	327	Los dos millonarios, por Zschokke, traducido del alemán	410		
El bello ideal del matrimonio	249	Viaje á Oriente de S. M. la emperatriz Eugenia (grabado)	330	La república de Guatemala (grabados)	412		
Historia de un pañuelo blanco	251	La huelga de los dependientes en el comercio de novedades (grabado)	id.	Una obra maestra de pintura italiana (grabado)	413		
Exposicion en el Palacio de la Industria (grabado)	252	Inauguracion de la estatua del almirante Duperré en la Rochela (grabado)	id.	La mujer de los siete maridos, novela original por Julio Nombela	414		
Revista de actualidades, caricaturas por Bertall (grabado)	253	Tres dias en Nápoles	id.	Museo del Louvre: <i>Retrato de Felipe IV</i> , pintado por Velazquez (grabado)	416		
La cañonera Farcy (grabado)	254	Los criados en París, estudios de costumbres por Cham (grabados)	332	M. Crémieux, diputado por la 3ª circunscripcion de París (grabado)	id.		
Tradicion de los rabinos de Jerusalem	id.						
Las cercanías de París (grabado)	256						

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1869. — TOMO XXXIV.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 28. — N° 859.

SUMARIO.

Los voluntarios de la Libertad, milicia ciudadana de Madrid; grabado. — Usos y costumbres. — El muelle del Louvre; grabado. — La Exposicion de Bellas Artes de 1869; grabados. — Revista de Paris. — De la educacion considerada en sus relaciones con la salud y con la sociedad. — Carreras del bosque de Boulogne; grabados. — La Damisela del castillo. — Los viajes del príncipe Carlos; grabado. — El velocifero; grabado. — Manuela. — El sepulcro de Ingres; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.

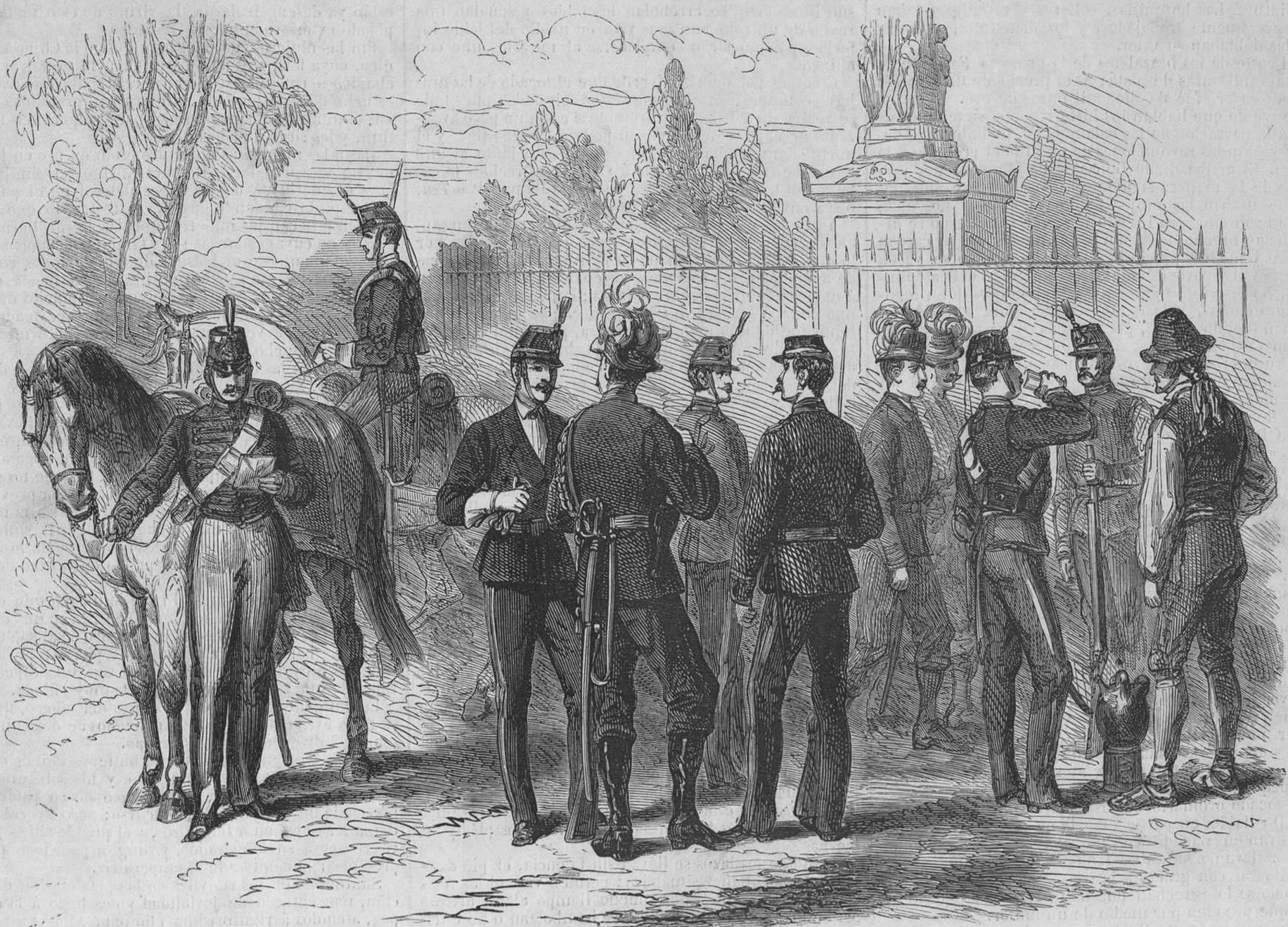
Los voluntarios de la Libertad,

MILICIA CIUDADANA DE MADRID.

Damos en esta primera página de este número un dibujo interesante, hecho en Madrid, y que representa el uniforme que usan los voluntarios de la Libertad en la

capital de España, milicia ciudadana que se creó después de la revolucion de setiembre, y que ejerce una grande influencia. Esta milicia figuraba en primer término en la ceremonia de la proclamacion de la Constitucion, que tuvo efecto con toda solemnidad el 6 de junio, y de la cual hablaremos en nuestro número próximo, al mismo tiempo que publicaremos el dibujo que la representa

P. P.



MADRID. — Uniformes de los voluntarios de la Libertad.

Usos y costumbres.

LOS CHINOS.

(Continuacion.)

La zimarra ó camison es de piel de carnero, y es una zalea adornada de medias lunas hechas de la misma piel, pero de diferente color y cosidas á igual distancia unas de otras. Suelen los ciudadanos llevar este camison por la mañana y tarde para guarecerse del frio; en lo restante del dia no llevan mas que el vestido de seda bordado que cubre otro de tela de lino blanco ó de tafetan, debajo del cual tienen anchos calzones de lino ó de seda para el invierno. En las provincias setentrionales solo se usan calzones de pieles. El gorro es de fieltro, de una especie muy comun: cuando es nuevo, se parece en la forma al que llevan los mandarines, pero pierde luego la forma y se estropea cuando se ha llevado algun tiempo. El collete es de marfil ó de piel de zorra. Las medias son de nankin, embutidas de algodón en el interior; los zapatos son igualmente de nankin con fuertes suelas de papel.

Del lado derecho de la cintura cuelga un pedernal y una vaina de cuchillo, y sobre el izquierdo una bolsa llena de tabaco rapé ó de fumar.

Las mujeres se visten de un modo bastante decente; parece que la modestia y los celos han inventado aquellos vestidos con los cuales están enteramente cubiertas. Hay que confesar que, gracias á esta moda de vestir, las reglas de la decencia exterior están perfectamente guardadas por medio de los ejemplos y conducta de cuantos blasonan de educacion y urbanidad. Con todo, si bien no siempre excluye al vicio, encubre empero su brutalidad y aumenta el placer y la delicadeza de los deleites naturales. Los chinos han precedido y sobrepajado en la práctica de esta virtud á las mas de las naciones. Léense empero en las antiguas crónicas de la China que la vanidad de las mujeres, cultivada por la educacion, estimulada con la competencia y arrebatada con el ímpetu de la ambicion, ha producido prodigios de sutileza, de acicalamiento y de profusion, que parecerian increíbles, si no los atestiguan los monumentos mas auténticos. Háblase en ellos de telas tejidas de plumas tan finas que tenían la ligereza y flexibilidad de las sedas mas finas; de velos hechos con pequeñísimas perlas y con raices, cortezas y filamentos de marfil ensartados en la seda; de vestidos enteros recamados con piedras preciosas y joyas ordinarias, con tanto primor, que representaban todas las gracias y el realce de la pintura. Las horquillas, collares y zarcillos estaban peregrinamente trabajados, y los diamantes, rubíes y perlas doblaban su valor.

El coste de los brazaletes de la princesa Fang fué de setenta mil onzas de plata; y el precio de un *Kin-Tia* ó sea *tocador*, fué de diez mil onzas de oro. Este lujo excesivo de que hablan los historiadores, sirve de exordio á la narracion de las calamidades, turbulencias, delitos y grandes revoluciones de que fué el preludio y la causa. El arriba dicho Gonzalez de Mendoza nos describe de la manera siguiente los vestidos que antiguamente usaban las mujeres chinas: «Estas, nos dice, ansian sobremanera los adornos; sus vestidos no se diferencian mucho de la moda española, pues se cargan de oro y piedras preciosas, de modo que no se ve en ninguna otra parte ostentar en tanto grado el boato mujerial. No les gusta menos que á los hombres llevar mangas grandiosas, y la materia de sus largos vestidos es un paño tejido de oro, plata y seda, y hasta las pobres llevan vestidos de seda, si bien se contentan con tejidos mas ruines; tienen hermosísimos sombreros, en los que se esmeran aun mas de lo que conviene, afianzándolos al rededor de la cabeza con una larga cinta de seda, toda llena de piedras preciosas. Es tan comun el uso del afeite, que en algunos parajes se emplean con exceso.»

Hoy dia llevan los chinos un vestido tan largo que llega hasta el suelo, ciñéndolo sobre el vientre con un cinturón, y encima llevan otro suelto con mangas muy anchas. Las mujeres de edad avanzada llevan regularmente vestidos negros ó morados; pero las jóvenes usan el color con que se encaprichan, exceptuando el amarillo. Tienen siempre las manos escondidas dentro de sus anchas y largas mangas, que casi arrastrarian, si no tuviesen cuidado de alzárselas, y si se les ofrece algo, lo toman con las manos envueltas en ellas.

Dichos vestidos son tan estrechos en el cuello, que encubren enteramente el pecho, pues requiere el decoro que ni siquiera la forma se pueda distinguir; algunas veces usan las mujeres de una especie de chal que envuelven en torno del cuello y espaldas. Su modo de vestir no está sujeto al capricho de la moda, y la estacion y alguna variedad en las disposiciones de sus ornamentos son las únicas causas que producen en él algunas pequeñas diferencias.

El tocado ordinario de las señoras de tono consiste, dice Du Halde, en partir el pelo en varios rizos que á veces van engalanados con flores de oro y plata, y alguna vez llevan por ambos lados hermosas plumas que van á parar con gracia sobre las espaldas; lo restante del pelo se lo estrechan por detrás en una especie de aro, que prenden por medio de un alfiler.

El mismo padre Du Halde nos cuenta que algunas damas chinas adornan su cabeza con la figura del *Fong-*

Hoang. Este fénix de los chinos se fabrica de cobre ó de plata dorada, segun las facultades de las personas; sus alas están graciosamente desplegadas en la parte delantera del tocado y vienen á ceñir el remate de las sienas; su cola larga y abierta forma una especie de penacho en la coronilla de la cabeza, el cuerpo se coloca en la frente, y el pescuezo y el pico cuelgan hasta la nariz; pero el cuello está prendido al cuerpo, de manera que fácilmente se menea la cabeza y se va meciendo al par de la portadora, que afianza los piés del pájaro con sus cabellos. Algunas damas de encumbrada gerarquía usan allá una gala compuesta de muchos *Fong-Hoang*, los que, entretejidos mutuamente, van ciñendo la cabeza á manera de corona; pero el trabajo de este ornamento es de sumo valor.

Las damas solteras y lozanas llevan regularmente una especie de corona hecha de carton y cubierta con alguna tela de seda; la parte anterior de esta corona, que se eleva en punta sobre la frente, está cubierta de perlas, diamantes y otros realces costosísimos. Lo restante de la cabeza está salpicado de flores naturales ó artificiales, y alternado con algunos alfileres encabezados con diamantes. Las mujeres de edad avanzada no llevan regularmente mas que una tira de seda fina que da mil vueltas y revueltas en derredor de la cabeza.

El tocado de las mujeres, dice muy bien De Guignes, varía conforme á la edad y los lugares: el pelo tendido demuestra una muchachita; una trenza colgante y algunas veces alzada va pregonando su noviazgo; las casadas llevan el pelo enteramente vuelto hácia abajo y forman con él un lazo ó una especie de moño sostenido con alfileres; mas el uso de alzar el pelo de esta suerte afea la frente, y pronto las encalvece.

En las provincias setentrionales, llevan las mujeres encima del pelo cierta especie de seda rala y sutil, y cuando hace frio, se arreglan la cabeza á la manera de cuernecillo ú capucho. Mas estos usos varían en casi todas las provincias de tan inmenso imperio. El señor De Guignes ha observado que las mujeres de Lin-Cing, en la provincia de Kiang-Nan, llevan al rededor de la cabeza un pedazo de piel morena apretada con una faja de tela negra de un dedo de ancho, que se ensancha desde en medio de la frente hasta dentro de las cejas, y cuyo extremo está realzado con una perla.

Las viejas llevan esta faja mucho mas ancha, y las que van de luto la llevan blanca: dicha faja surte muy buen efecto, porque hace resaltar la blancura de sus rostros. Es difícil empero juzgar del color de las mujeres chinas, porque todas se pintan de azul y de blanco, y no con un color separado del otro, sino con entrambos revueltos, de manera que las hay enteramente rojizas. Las mujeres de *Pa-To-Hio*, en la expresada provincia, llevan igualmente la faja negra, usan afeites, se tiñen las cejas con el negro mas hermoso, formando un sutilísimo arco, se arrebolan los labios y señalan una rayita de un rojo aun mas vivo en medio del labio inferior, y demuestran complacerse al mirarlas uno con abinco.

Creemos por demás advertir que el tocado de las mujeres comunes es menos costoso y acicalado; pues todo su realce de cabeza, mayormente si están un poco avanzadas en edad, consiste en un pedazo de seda fina, y el modo cómo se sirven de él es algo semejante al que usan nuestras mujeres, que á veces se estrechan la cabeza con muchas cintas; los chinos la llaman *Pao-Teu*, ó sea envoltorio de cabeza.

Ya hemos observado que hasta las mujeres llevan muchos calzones: por esto nos parece que sus medias, por lo que podemos recoger de su figura, sean una especie de apéndice á sus calzones, los cuales allá les cuelgan á manera de grillos sobre el talon; donde se ajustan con una cinta, y forman allí una especie de guarnicion ó repliegue de una manga de camisa, para que, en cuanto se puede suponer, disimulen la abultada disformidad del empeine. Los zapatos corresponden á la pequenez del pié, y son asimismo de seda primorosamente bordados, regularmente por ellas mismas, con la suela de cerca de una pulgada de alto. Cuando salen de casa, llevan los zapatos con tacones de madera guarnecidos de cuero; solo se sostienen en estos tacones, y rara vez tocan el suelo con la punta del pié, temerosas de caerse por delante. Tal modo de andar no puede dejar de tener poca gracia, siendo sus pasos siempre vacilantes; y no será inoportuno referir lo que se sabe tocante al método empleado por los chinos para conservar á sus hijas el pié casi tan pequeño como lo tienen cuando nacen.

Las mas de las mujeres tienen el pié pequeñísimo, ó por mejor decir, lisiado: parece que su haz se haya cercenado casualmente, y que lo restante conserve su maicizo natural: lo cubren con vendas, como si realmente hubiesen hecho en él una cortadura: se deja el pulgar en su posición natural, y encorvan los demás dedos hasta que á la larga quedan comprimidos debajo de la planta del pié y no pueden separarse mas.

A pesar de la blandura de los miembros en su tierna edad, su empuje crecedero debe de ocasionar agudísimos dolores con aquel violento contraste; y antes que la presuncion avasalle á las víctimas de la moda, tienen las madres que estar siempre alerta para que las hijas no desbaraten los lazos que les aprensian los piés y las piernas.

Cuando estos lazos se llevan sin falencia, el pié conserva una pequenez simétrica; pero en verdad las muchachuelas necesitan por mucho tiempo algun arrimo para andar, y de consiguiente se bambolean ó no estriban mas que sobre el talon.

Algunas de las infimas clases entre los chinos, que

generalmente viven en las montañas y lejos de las grandes ciudades, no conocen una costumbre tan contraria á la naturaleza; pero las mujeres de esta clase se miran por las demás con sumo menosprecio, y las emplean en las faenas mas torpes.

Está ya tan inveterada aquella preocupacion, que si de dos hermanas perfectamente parecidas, la una tuviese los piés estropeados, y la otra los conservase intactos, esta última yaceria como en un estado vergonzoso, y se reputaria indigna de alternar con la familia, quedando para siempre arrinconada.

Aquí se patentiza que las ínfulas de señorío y la zozobra de avillanamiento son suficientes, muchas veces, no solo en la China, sino en cualquier otro paraje, para arrollar los impulsos naturales.

Cuantos están mirando los cuerpecillos sutils y en forma de hormiga, y recapacitan el martirio atroz que padecen las mujeres, para sublimarse en la delgadez del talle, conceptuándola lo sumo del primor y de la hermosura, quizá no extrañarán tanto el abinco que se pone en otras partes en pos de realces soñados.

Du Halde dice, hablando de las conjeturas acerca del origen de una moda tan rara, que *Takia*, mujer del infame *Cieu*, cuyo reinado empezó en el año 1153 antes de la era cristiana, hizo conceptuar la pequenez de los piés como uno de los realces mas peregrinos del sexo tierno, pues teniéndolos pequeñísimos, se los estrechaba con fajas, en términos que parecia quererse proporcionar con tal arbitrio una hermosura que en realidad era una ridiculez en la persona. Siguiendo su ejemplo, todas las mujeres codiciaban este nuevo primor, y una opinion tan ridicula se ha perpetuado de tal modo que ha venido á ser de un uso general. Pero á pesar del ejemplo de *Takia*, confirma dicho historiador la opinion general de la dependencia á que han querido sujetar políticamente á las mujeres, como refiere el susodicho Mendoza.

«Conceptúan algunos, dice, que este es un artificio de los hombres para enseñar á las mujeres, con el halago de la hermosura, las virtudes que les son propias, así como á no andar orillando sus incumbencias y á no salir de casa sino rara vez.»

Los collares y pendientes compuestos de piedras finas son el adorno de las emperatrices, de las princesas y de las señoras que desempeñan en la corte cargos eminentes: los hilos de perlas y de diamantes cubren en parte sus birretinas, y á las señoras de mucha distincion caen á menudo de la papalina en grandes y largos colgantes de tres órdenes hasta encima de los hombros.

Los brazaletes hacen tambien parte de las galas de las mujeres chinas, aunque están escondidos debajo de las mangas, y atribuyen ellas al brazaletes, que es de cobre rojo, llamado *Tse-Lay-Toug*, la propiedad de fortificar los brazos contra los accidentes de parálisis; pero están ya desengañadas de la virtud de este metal exteriormente.

Sin las mujeres, usan los hombres en la China el abanico, cuya forma es algo parecida á la de Europa. Un abanico hermoso y rico se encierra regularmente en un estuche de seda bordada, al que están prendidas algunas cintitas, asimismo de seda, para colgarlo en la cintura, y les sirve de adorno.

Hasta las mamparas portátiles están en uso en la China, no para templar la llamarada, sino verosimilmente para resguardarse de los rayos del sol en el paseo, ó para encubrir, cuando gusten, el rostro, lo que generalmente hacen las mujeres, que las llevan hermosísimas, y en cuyas estancias sirve tambien de adorno. Suelen igualmente llevar bolsitas de tela de todos colores, que generalmente son hermosísimas; su forma es redonda, doblada por arriba con un cordoncito de seda que sirve para cerrarla y abrirla; están recamadas con flores, tejidas á veces en oro ó plata, sobre un fondo que les da mucho realce.

El traje de las damas tartaras es algo diverso del de las chinas. Su vestido es lo mismo de largo, pero la túnica que lo cubre es mas corta, y llevan además un collar muy largo que les cae sobre el pecho. Llevan un sombrero de forma igual al que usan nuestras mujeres, pero mas recto sobre la cabeza, y no tan engalanado.

Suelen llevar una pipa en la mano, aunque no se sirven de ella como los hombres. Nunca las ha provocado la vanidad de tener tan lindos piés como las chinas, y por tanto su calzado, mas ancho, les deja la suficiente libertad para andar. Sus zapatos son de suela muy ancha y forrados de riquísimas pieles en forma de borcegui.

En los labradores varia el traje lo mismo que en las demás clases; pero generalmente consiste en una camisa de tela gruesa, cubierta con una túnica de algodón pintado, que baja hasta la mitad de la pierna; llevan un tonelete muy ancho, y sus zapatos son una especie de zapatilla que termina en una punta muy afilada.

Es tan general en la China el uso del tabaco, que no es nada extraño el ver á los muchachos de doce años tomar esta diversion por pasatiempo.

El lujo y magnificencia de los antiguos chinos en sus fiestas y banquetes era extremado, y los soberanos comian ordinariamente bajo el pórtico de su palacio, á presencia de un numeroso concurso; pero los celos del Oriente se oponen á tales usos, y el pueblo chino ya no ve comer á su emperador, y ningun palaciego puede presenciar la comida de la emperatriz.

Suntuosos son los convites de las personas de distincion, mas carecen de jovialidad y desahogo á la europea, ateniéndose á rigurosísima etiqueta. Allá van en resúmen algunas reglas que se encuentran prescritas en uno de los libros clásicos de aquella nacion.

Quando se convida á alguien ó se come en su mesa, se ha de poner sumo ahinco en conservar todo decoro, y en no comer con afán, no beber á sorbetes, en no chasquear labios ni dientes, en no roer los huesos ni tirarlos á los perros, en no sorber el caldo que queda, en no demostrar el apetito que avivan tales manjares ó tal vino particular, en no limpiarse los dientes, en no soplar en la bebida muy caliente. Solo se han de tomar bocaditos menudos, y deben mascarse bien los alimentos entre los dientes, y no se ha de llenar demasiado la boca. Los antiguos emperadores habian establecido una ley que mandaba saludar expresamente á todos los convidados cada vez que se bebía.

La etiqueta de convite no es menos complicada que la de la comida, pues un convite no está en regla si no se renueva á lo menos tres veces por escrito; se escribe la víspera de la función, la mañana del mismo día, y en la hora perentoria de sentarse á la mesa.

El amo de casa introduce en la sala sus convidados, á quienes saluda uno tras otro, y en seguida se hace verter vino, ó por mejor decir, cerveza, en una copita de plata ó de madera preciosa, ó de porcelana colocada en una fuentecita barnizada, y aguantándola con las dos manos, hace una cortesía á todos los convidados que le acompañan, y adelantándose en la sala, que mira, según el uso, al gran banquete, llegado allí, levanta los ojos y la copa hacia el cielo, y luego derrama en el suelo el vino que contiene; lo que guarda mucha semejanza con las libaciones que practicaban los antiguos. En seguida manda verter el vino en una taza de porcelana ó de plata, y despues de hecha una cortesía al mas visible de los convidados, va á ponerla en la mesa destinada al mismo, teniendo cada huésped su mesa particular.

Pero este impide por lo regular que el amo de casa se tome tanta molestia, y haciéndose él mismo llevar vino en una taza, se adelanta para ponerla en la mesa del amo de casa, el que se opone con los términos prescritos en casos semejantes por la política china. Es asimismo incumbencia del amo de casa conducir al principal convidado á su silla de brazos, cubierta con un rico tapete de seda floreada, quien se sienta, al paso que parece rehusar sitio tan honorífico, y todos los demás convidados le imitan para abreviar los cumplidos, que de otro modo tendria que renovar para cada uno de ellos en particular.

Las mesas están dispuestas en dos hileras con un espacio desahogado en medio, y no están cubiertas con manteles, sino que están lindamente barnizadas y guarnecidas por delante con un pedazo de paño ó de seda recamada; y en los grandes banquetes se acostumbra cubrir el centro con grandes platos cargados de carnes cortadas y dispuestas en pirámides, que solo sirven empero de adorno, puesto que los alimentos destinados á los convidados se llevan en diferentes platos ó vasos y se colocan delante de cada uno.

Apenas han ocupado todos sus propios lugares y sillas, se ven muchas veces entrar en la sala cuatro ó cinco comediantes galanamente vestidos, que inclinándose profundamente por mas de cuatro veces, tocan á tierra con la frente, y acto continuo uno de ellos presenta la lista de los dramas que están dispuestos á representar al instante, al principal convidado, quien, despues de haberla enseñado á los demás, escoge el que mas le gusta.

Entonces empieza repentinamente la representación al son de tambores, flautas y trompetas y otros instrumentos; la escena se verifica en el pavimento de la sala, cubierto de un tapete, y los actores salen de algun cuarto contiguo para desempeñar su papel.

Los mirones suelen ser mucho mas que los convidados, estando en auge el dejar entrar en la función cierto número de personas para disfrutar el espectáculo; y hasta las mujeres pueden intervenir sin ser vistas, para observar ellas los cómicos por entre las celosías.

No se da principio á la comida comiendo, sino bebiendo del susodicho vino; el amo de casa, despues de puesta en tierra una rodilla, brinda á los convidados para tomar la taza, y cogiendo cada cual la suya con ambas manos, la levanta hasta la frente, y luego la baja hasta debajo de la mesa, metiéndosela en seguida en la boca: beben todos juntos y pausadamente, y en tres ó cuatro veces, mientras que el amo de la casa les convida á vaciar la taza, dando el ejemplo y enseñando á todos el fondo de la misma para excitar á que cada uno le imite.

Los chinos no hacen uso en su mesa de cuchillos ni de cucharas, sino de dos palitos agudos adornados de marfil ó de plata, de unas nueve ó diez pulgadas de largo, de que se sirven en lugar de los tenedores, tomando con primor los trocitos de carne que se les ponen delante ya cortados, pues no se sacan á la mesa los pedazos enteros; y en cuanto á la sopa, se acercan á la boca la vasija que la contiene, y hacen entrar en ella el arroz apretándolo con los palitos: durante la comida se mudan varias veces los platos, y luego de bebido el té, se levantan los convidados, é interin se está disponiendo el ramillete, pasan á otra sala ó á un jardín, en cuyo rato comen los comediantes.

Los postres se componen de frutas, dulces, jamones, ánades salados, que se han hecho cocer, ó por mejor decir, secar al sol, y finalmente de pececitos ó conchas.

Las mismas ceremonias que han precedido á la comida anteceden igualmente al ramillete, y terminan colocándose todos en el lugar que ocupaban antes, se llevan tazas mayores, y el amo de casa brinda á todos para que empinen á sus anchuras, y él vuelve á dar el ejemplo, que regularmente siguen.

Terminado el banquete, que principia al anochecer y acaba á media noche, se gratifica á los criados, y todos se vuelven á su casa encerrados en su silla de manos, y precedidos de varios siervos que llevan faroles de papel oloroso en que están escritos en letra abultada los dictados y á veces los nombres de sus señores: cualquiera que se atreviera á ir por las calles á tal deshora sin este resguardo, quedaria arrestado por las guardias. Nadie se trascurda de enviar un día despues un billete de gracias á quien dió la comida.

Los tártaros han introducido alguna leve alteración en las antiguas ceremonias: al principio solo se saludaba á la china, y en la actualidad se saluda á la china y á la tártara; y se usa hoy día algun manjar desconocido antes de su dominación; debiendo añadir que los cocineros tártaros son mejores que los chinos.

Todos los manjares de los chinos tienen la forma de los guisados, siendo de sabor muy vario y picante, y menos costosos que los nuestros; algunas drogas y yerbas recias, combinadas en diferentes dosis, producen aquella variedad de sánetes; y saben asimismo cocinar una infinidad de salsas muy diversas entre sí, tanto por la forma como por el gusto, con habas que crecen en su país ó que sacan de la provincia de *Ciang-Tong*, y con harina de arroz ó de trigo.

La carne mas comun y de que se hace mayor consumo es la de cerdo, que es ligera y sana: los jamones de la China son muy apreciados; y tambien se comen pollos, ánades, pescado, pero por maravilla vaca; el carnero es riquísimo y abunda en las provincias setentrionales; pero en *Quang-Tong* se vende muy caro. La vaca es excelente en *Wam-Pu*. Los tártaros suelen tambien alimentarse con carne de caballo, que cuesta aun mas cara que la de cerdo.

Pero los manjares mas usados en los banquetes de los grandes y los que mas aprecian los convidados son los nidos de ciertos pájaros y los nervios de ciervo que los chinos hacen acartonar al sol y luego los revuelven con pimienta y nuez moscada, y cuando se han de guisar los ponen en infusión en agua de arroz para ablandarlos y en seguida los hacen hervir en caldo gordo de cabrito y los condimentan con muchos aromas.

Los nidos de los pájaros son los que regularmente se encuentran en las grietas de las costas bravas de Tonquin, Java y Cochinchina, en donde los fabrican ciertos pajarillos, cuyas plumas se asemejan á las de nuestras golondrinas ordinarias. Estos nidos se componen de los pececitos que cogen en el mar, de donde trasportan asimismo espuma que se bambolea sobre la haz del agua, con lo cual amasan las partes de sus nidos de la misma manera que lo hacen las golondrinas con el barro.

Esta materia blanca y blanda, cuando fresca, contrae una solidez trasparente, y una especie de color verdoso cuando está seca. Luego que los pajarillos han desamparado sus nidos, la gente comarcan acude allá desaladamente y los derriba, cargando con ellos barcas enteras, lo que es un ramo de comercio muy lucrativo para aquellos parajes. Los expresados nidos se asemejan en figura y tamaño á la corteza de un grueso limon adobado, y tienen la propiedad de dar á los guisados en que se mezclan un gusto harto exquisito.

Las manos del oso y los piés de otros varios animales feroces y las carnes de los caballos bravos son alimentos muy apreciados, con los que regalan los ricos á sus convidados en los grandes banquetes.

Los mas de estos alimentos les vienen de Siam, Camboya y de Tartaria, y para atajar toda alteración los salan antes de trasportarlos. Las patas y las caderas se suelen conceptuar como las mas exquisitas; se desuelan para secarlas con drogas, y los conservan para hacer uso de ellos casi de la misma manera que los tendones de ciervo.

Los habitantes de las provincias meridionales se suelen alimentar mas bien de arroz que de trigo, á pesar de que este renglon no escasea en la China, y aun lo cosechan colmadamente en algunos parajes. Despues de molido el arroz y de haberlo reducido á su pureza y blancura, hacen con él panecillos, que por lo regular se enhoran en una especie de vaso que los cuece en menos de un cuanto de hora y los enternece sobremanera.

En la provincia de *Ciang-Tong* se forma con el trigo cierta especie de hogazas, en que á veces se mezclan algunas yerbas propias para excitar el apetito.

Entre el gran número de legumbres que consumen los chinos en sus cocinas, la mas usual es una planta llamada *Pe-Tshay*, que es una especie de acelga que comen en gran cantidad fresca ó escabechada, y en general son muy amigos de todo lo condimentado con vinagre; y de esta manera guisan tambien los tallos jóvenes de bambú, el jenjibre, las cebollas y una infinidad de producciones. Tienen igualmente frutas confitadas con azúcar, y sobre todo una comida que llaman *Quang Tong Ta-Fu* y *Ta-Fu-Fa*, que son dos sustancias hechas con harina de habas: el *Ta-Fu*, que se come frito, es mas apretado y sólido, y el *Ta-Fu-Fa* es líquido, y se come fresco y con jarabe de azúcar.

A pesar de tener los chinos muchas uvas, especialmente en las provincias meridionales, y de muy buena calidad, con todo no fabrican vino, y siempre han sido muy rigurosos en abstenerse del zumo de la uva, hasta la última conquista que hicieron de ellos los tártaros. Sin embargo, de tiempo inmemorial habian sustituido los chinos este con otros licores fuertes que embriagan, recocidos y destilados del arroz, trigo y otros granos, ó bien exprimidos de varias suertes de frutos, ó hechos del licor que destila de la palma ó de otros árboles del

mismo género, cuando se barrenan ó se cortan en la ocasión oportuna.

Pero el vino, ó mejor, la cerveza que sacan de los dos primeros géneros, está mucho mas en uso, y aunque es muy cierto que cada país ó ciudad tenga su propio método de hacerlo, la práctica mas corriente es meter en infusión el arroz en una buena porción de agua por espacio de unos treinta días, y ponerla á hervir hasta tanto que el arroz queda deshecho: en cuyo caso sobreviene la fermentación, y el agua se cubre de una espuma ligera semejante á la de nuestro mosto, debajo de la que se encuentra el licor, que despues vierten en vasijas de tierra bien barnizadas.

De las heces que van quedando extraen un espíritu algo parecido á nuestros aguardientes, pero aun es mas fuerte, pues se inflama con suma facilidad; tiene empero un gusto desagradable: los chinos, dice De-Guignes, lo beben caliente, así como el vino y demás licores.

La cerveza que se fabrica en *Vu-sie*, ciudad de tercer orden en la provincia de *Kiang-Nan*, se tiene en mucho aprecio y se atribuye su excelencia á la calidad de las aguas: con todo se usa en la corte principalmente la de *Ciao-Kig*, porque se conceptúa mucho mas sana; en fin, corren aquellos vinos por toda la China, se apetece especialmente en la capital, y no gastan otros los mandarines en sus mesas.

Los chinos, ó por mejor decir, los tártaros, hacen uso de otro vino de que no se tiene idea en Europa, y es el de cordero, que tiene mucha virtud, pero es de un olor desagradable: y lo mismo debe decirse de una especie de aguardiente que se destila de la carne de carnero, y que el emperador *Kiang-Hi* bebía algunas veces.

En las diferentes provincias se hacen otros licores á la manera de cerveza, que seria por demás describir aqui; solo diremos que los licores que embriagan los usan los chinos y los tártaros, pero nunca en la cantidad y variedad que entre nosotros, y mucho menos las mujeres, que rara vez prueban licores mas ligeros que el té.

Debemos añadir que esta es la principal bebida que los chinos usan en sus banquetes, y siempre la beben caliente, puesto que su regla mas comun es comer frio y beber caliente; lo que acostumbran hacer en las estaciones mas calurosas y tambien cuando tienen mucha sed, aguardando con mucha flema hasta tanto que haya hervido la bebida.

La plebe vive pobrisimamente en China, como en todos los demás países: sin embargo, la carne de caballo es uno de los guisados que mas aprecian, y despues de esta la de perro; pero la comen con mas parsimonia, y regularmente hervida con una buena porción de arroz y de yerbas, y no tienen el menor reparo en alimentarse hasta de gato, raton, comadreja, etc., que se venden comunmente por las calles. La excesiva población perjudica al desahogo de la generalidad.

Los chinos son algo desaliñados en el arreglo de sus estancias. Lo mismo debe decirse de los mas de sus mandarines; los que, habitando las casas del emperador, quien de un momento á otro puede enviarlos al gobierno de otra provincia, no tienen el mas mínimo afán por alhajarlas.

Por lo demás, los chinos solo reciben visitas en una sala destinada á este objeto, la que está colocada delante de todas, de suerte que los sugetos que son admitidos no pueden tener ninguna comunicación con los aposentos interiores.

Los adornos de aquellas salas consisten en mesas, sillas de madera barnizada y cubiertas de una tela roja los días de gala, biombo, vasijas y platos de porcelana que se llenan regularmente de toronjas, y grandes faroles que cuelgan del desvan, cuyas formas varían al infinito.

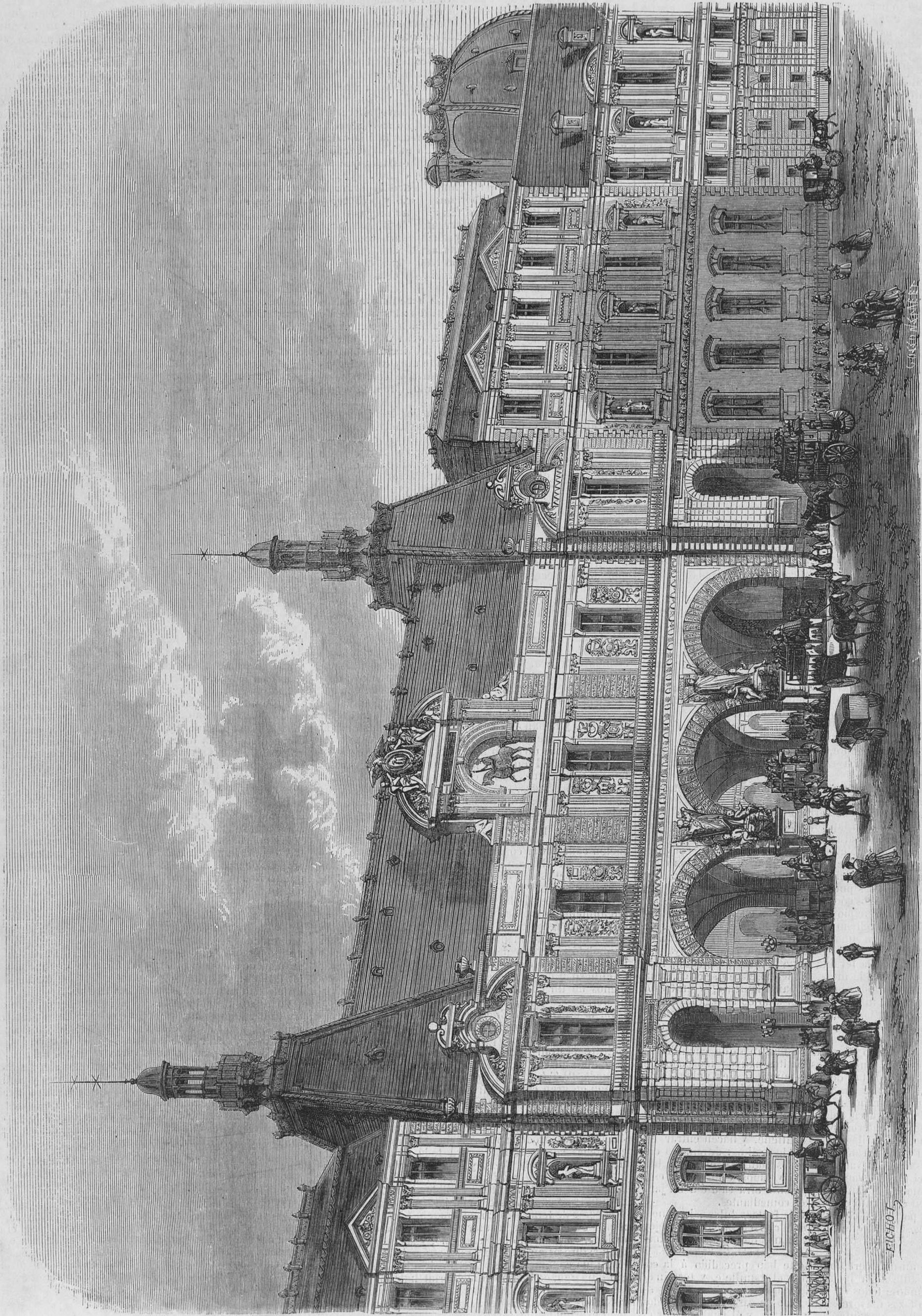
Los mas sencillos se componen de una redcilla de hilos de bambú cubiertos de papel ó de seda pintada con muchos colores; tambien los hay de marfil ó de asta, que los chinos saben fundir para fabricarlos muy grandes de una sola pieza; y en fin, otros de mucho valor están de tal modo formados que, por medio del humo, dan movimiento á muchas figuras.

Todos sus muebles están cubiertos generalmente de aquel hermoso barniz que en vano intentamos nosotros remedar, y es tan luciente que refleja los objetos como un espejo, y aun recibe un nuevo resplandor de las figuras de oro ó plata, ó de la variedad de los colores.

Pero los muebles que mas aprecian ellos son los braseros y las vasijas en que se queman los olores y perfumes, de suerte que no conceptuarían una sala ó gabinete estar completamente adornadas, si no estuviesen los expresados muebles, ó no fuesen de un gusto y forma tan elegantes que llamasen la atención de las personas que los visitan (1).

(Se continuará.)

(1) Debemos hacer mención en este lugar de aquellas célebres vasijas de los emperadores chinos, de piedra *Ju*, ó sea piedra preciosa, que el erudito profesor Hager cree idénticos con las famosas vasijas *muvi* de los emperadores romanos. Quien desee saber las calidades de esas vasijas que en tiempo de Augusto y de Neron costaban un precio enorme, puede consultar la obra de dicho profesor acerca de una piedra preciosa de *Aaron*.



EL NUEVO PARIS. — Nueva fachada del palacio del Louvre, por el lado del Sena.

EICHOL

El muelle del Louvre.

Las grandes obras emprendidas en el Louvre y en Tullerías tocan á su término: los andamios van cayendo por todas partes, y ya en el día se puede distinguir ese conjunto de palacios, pabellones y galerías monumentales que no forman mas que un solo y espléndido edificio, sin rival seguramente en el mundo civilizado.

Muchas generaciones han dejado su marca en todas esas piedras trabajadas artísticamente: los Valois, los Médicis y los Borbones; pero á nuestra época le tocaba completar y reunir esos diferentes esfuerzos á fin de dar al monumento esa fisonomía general que no puede menos de admirarse.

Para apreciar la obra en su totalidad, hay que situarse en el muelle del Louvre, y abrazar de una ojeada la inmensa fachada que va del ángulo de la columnata del Louvre de Luis XIV hasta el pabellon de Flora en Tullerías. Primeramente vemos los jardines de la Infanta, que tienen en el día su antiguo brillo. Luego sobresale la grande y hermosa galería del pequeño Louvre, que se agrega como una joya al Louvre de Juan Goujon. Sin detenernos en las leyendas relativas á esos balcones, diremos que es muy digno de aplauso que hayan restituido á esas ventanas monumentales sus bellos y antiguos adornos. La vista se recrea como en todo lo que es armonioso.

Viene despues la larga galería que comenzó Enrique IV. Luis XIV y Napoleon I quisieron continuarla, pero no se ha terminado hasta la época presente, por Napoleon III. La parte antigua, la que ha dado el tono general al conjunto, conduce al pabellon Lesdiguières, cuya ligera y esbelta techumbre es célebre hace largo tiempo. Todo Paris conoce esa galería que conduce al eje del puente de los Santos Padres, y cuyas piedras recargadas de adornos recuerdan las modas traídas de Italia por los Médicis. Aquí no han tenido mas que restaurar ó rehacer cuando el tiempo habia ejercido destrozos demasiado notables.

Pero donde resalta más y mas la habilidad de los artistas y los obreros, es en la segunda galería, que completa la otra de que acabamos de hablar. Esta segunda galería debia conducir el Louvre hasta el pabellon de Flora, al ángulo meridional de Tullerías.

El pabellon de Lesdiguières era muy mezquino para marcar él solo el punto de union de las dos galerías.

Además habria habido quizás mucha monotonía en todas esas piedras cortadas del mismo modo, tanto mas cuanto que los frontones superiores, redondos y triangulares alternados, no introducen una gran variedad en el conjunto. Por mas que se multiplique diferenciándolos los asuntos de las esculturas que los adornan, no se sale nunca de la alegoría, y no siempre la alegoría monumental habla al espíritu con tanta ra-



EXPOSICION DE 1869. — *La Infancia de Anibal*, bronce de M. P. d'Epina y.

pidez como á los ojos. De esta observacion vino la idea de construir el pabellon de La Tremouille, que forma pareja con el pabellon Lesdiguières, copiando con rara exactitud sus proporciones tan elegantes como graciosas. Entre los dos asoma una pequeña construccion que sirve para dejar mas sueltos los ángulos salientes de los pabellones.

En la alta pared de este cuerpo de casa se ha incrus-

tado una gran placa de mármol blanco sobre la cual se destaca la estatua ecuestre de bronce de Napoleon III, ejecutada al estilo del Enrique IV que adorna la puerta principal del Hotel de Villa.

Además se ve por el lado del pabellon Lesdiguières, un hermoso grupo escultural que representa la Paz; y otro grupo, la Guerra, forma pareja por el lado del otro pabellon. Entrambos se deben al cincel de Jouffroy, y cada uno de ellos se compone de una mujer en pié sobre la proa de un buque, teniendo á sus piés dos niños, con flores y frutas.

Debajo de este conjunto de construcciones cuyo aspecto exterior acabamos de describir brevemente, se abren tres grandes pasajes para los coches, y dos postigos para la gente de á pié.

Siguiendo hácia el palacio de Tullerías, se continúan las armoniosas líneas de la galería principal.

En medio se abre el postigo llamado del Emperador, adornado con los hermosos leones de bronce que han hecho la fama de M. Barye. En este postigo comienzan, propiamente hablando, las Tullerías. El pabellon de Flora está á dos pasos, completamente reedificado. J. B.

La Exposicion

DE BELLAS ARTES DE 1869.

«LA INFANCIA DE ANIBAL,» BRONCE DE M. P. D'EPINAY. — «EL TIGRE Y EL COCODRILO,» YESO DE M. AUGUSTO CAIN.

La escultura, como la pintura, tiene obras notables en la Exposicion de este año, y entre ellas se cuentan las dos que reproducimos.

La Infancia de Anibal, grupo de bronce de M. d'Epina y, se distingue por la novedad del asunto, que ningun artista ha tratado hasta hoy, al menos que sepamos nosotros; pero además, se recomienda principalmente por la energía y el vigor de la composicion.

Anibal en su niñez está luchando con un águila que estrecha por el cuello para ahogarla. En vano el águila le pega con sus fuertes alas y le hiere con sus garras poderosas; pues el heróico niño no suelta la presa, y demuestra ya la obstinacion de aquel valor que mas tarde dará á conocer en sus combates contra el águila romana. El carácter africano de Anibal está bien comprendido y expresado. Su cabeza tiene ya el carácter de indómita tenacidad, y su cuerpo juvenil anuncia el vigor que no se quebrantará nunca. Quizás algunas líneas son demasiado angulosas, quizás algunos detalles anatómicos están muy acentuados; pero en el conjunto hay vida y originalidad. El águila es magnífica, con su pico entreabierto, su terrible mirada y su impotente furor.

El Tigre y el Cocodrilo, de M. Augusto Cain, único escultor que puede rivalizar,



EXPOSICION DE 1869. — *El Tigre y el Cocodrilo*, yeso de M. Augusto Cain.

en la representacion de los animales, con Barre y Fremiet, es otra obra de mérito. M. Cain no se contenta con representar fielmente los leones, los tigres y los cocodrilos, sino que les da estilo y grandeza. El combate á que asistimos aquí tiene un equilibrio monumental, no obstante la violencia de la lucha. Los animales de M. Cain nos recuerdan á veces por la armoniosa sencillez de sus líneas, aquellas esfinges de granito rosado del alto Egipto.

T. G.

Revista de Paris.

El virey de Egipto, cuya expedicion á diferentes córtes de Europa tenemos anunciada ya á nuestros lectores, ha llegado á Paris y ocupa en el magnífico palacio del Eliseo-Napoleon los mismos suntuosos aposentos que habitaron el año de la Exposicion universal el emperador de Rusia, el sultan y el emperador de Austria. Esta visita, cuyo objeto se refiere, segun aseguran, á la inauguracion de la apertura del istmo de Suez, ha sido el alimento de la crónica en la última semana. Los convites á que asiste el virey, las funciones teatrales en donde se presenta, los paseos que frecuenta, por último, las interioridades de su vida, todo se aprovecha, de todo se saca partido en esta temporada tan estéril para los historiadores del movimiento parisiense en los altos círculos.

Así sabemos que el virey, hombre de cuarenta y cinco años, de robusta salud y afable de carácter, es gran madrugador, y lo primero que hace es bajar á los bellos jardines del Eliseo, donde puede comparar los árboles mandados plantar por la emperatriz Josefina, con los gigantes de la vegetacion de Oriente. Su Alteza da audiencia á las nueve de la mañana; pero no recibe mas que á los egipcios ó á los súbditos otomanos residentes en Paris, y su conversacion favorita versa sobre empresas industriales y financieras.

Su régimen de alimentación, á lo que afirman las crónicas del Eliseo, es sumamente sencillo y nada exótico; pues al contrario, menos observador de la ley del Profeta que lo era el sultan en este punto, se complace en el servicio á la francesa, que corre á cargo de los mas entendidos cocineros y reposteros del palacio de Tullerías. Pero repetimos que el príncipe egipcio es muy sobrio, y por lo tanto los refinamientos del arte culinario no son mas para él que un adorno de mesa.

Concluido el almuerzo, el virey se entera de su correspondencia, lee periódicos, dicta sus órdenes á sus secretarios, y sale á dar un paseo por Paris, que conoce perfectamente, pues ha habitado tres años la capital de la Francia.

Quince dias pasará aquí Ismail-bajá, si es cierto, como se anuncia, que su marcha está ya fijada para el 22 de junio.

Es lástima que con la aficion que manifiesta á los espectáculos parisienses, no haya presenciado las últimas carreras de caballos que hubo en el bosque de Boulogne cuando se disputó el premio de los 100,000 francos.

Pronto hará dos semanas que tuvo lugar tan sorprendente fiesta y todavía se habla de ella con un entusiasmo indescriptible. La victoria del *Glaneur* ha tenido un eco inusitado. Dicese que la ganancia total realizada por M. Lupin, el afortunado dueño del *Glaneur* pasa de 700,000 francos.

M. Lupin merece este beneficio al cabo de treinta años que se dedica con gran empeño á formar caballos para las carreras, sin que hasta ahora lograra alcanzar un triunfo tan brillante.

Digamos algunas palabras sobre los antecedentes de M. Lupin, hoy objeto de todas las conversaciones.

M. Lupin figura entre los fundadores del Jockey-Club. Y tal es su aficion á los caballos, que ha querido conservarse soltero sin mas idea que la de entregarse exclusivamente á su pasion favorita. Diariamente ha de tener noticias de todos sus caballos, lo mismo cuando está en Paris que cuando anda de viaje.

Los colores de su caballeriza son los siguientes: chaqueta negra y gorra encarnada.

Concluidas ya las grandes carreras de caballos hasta el otoño, la gente se entrega á otra diversion importada tambien de la Gran Bretaña; pero que hasta ahora está muy lejos de haber alcanzado, afortunadamente, la misma boga que la otra.

Esta diversion es el tiro de palomos.

En el bosque de Boulogne, en el local del club de los Patinadores, se ha instalado un tiro de palomos como los que se ven en Londres. Sabido es que en su mas tierna edad los jóvenes pertenecientes á la aristocracia británica se ejercitan al tiro de pistola, sirviéndoles de blanco la cándida, la inocente paloma. Este tiro da margen para que se hagan grandes apuestas, y aunque en Paris todavía no se ha entrado en esto, el tiro como gimnasio para la mano, tiene ya muchos prosélitos.

Ultimamente se anunció un concurso de tiradores de palomos, al que acudieron muchos ingleses; mas tambien esta vez alcanzó la Francia la victoria.

M. Eduardo André, un joven diputado que figura mucho en los círculos elegantes de Paris, se llevó el premio de

5,000 francos dado por el emperador, con gran aplauso de sus compatriotas.

La Exposicion de Bellas Artes está para cerrarse ya; pero al mismo tiempo se anuncia otra exhibicion que tambien tendrá lugar en el mismo palacio de la Industria.

Será esta última la tercera de las que ha organizado la Union central de Bellas Artes aplicadas á la industria, todas interesantes á cual mas, pues en ellas toman parte los fabricantes de Paris mas afamados.

La Union central ofrecerá á la par como un objeto de estudio y de enseñanza una exposicion del arte oriental antiguo y moderno, que sin duda no tendrá menos interés que el museo retrospectivo de 1865.

Por último, habrá tambien un concurso, en el que estarán representadas todas las escuelas de dibujo que hay en Francia, por las obras de sus mejores discípulos, á cuyo beneficio se podrán observar los progresos que se han hecho en uno de los ramos mas importantes de la instruccion profesional.

La exposicion de la Union central se abrirá el 1° de agosto y se cerrará el 31 de octubre.

El lunes de la última semana ha tenido lugar la sesion pública anual de la Academia de ciencias, y se han concedido los premios de costumbre, á diferentes obras que por varios conceptos ofrecen un interés general.

Por ejemplo, el de medicina y cirugía que se ha llevado M. Villemain por sus experiencias sobre la inoculacion de la tisis es digno de particular mencion.

Ya el año último M. Villemain habia presentado á la Academia el resultado de sus experimentos, y no pareció suficientemente decisivo; pero sus estudios de todo este año hechos á la vista de los miembros de la comision, han probado hasta la evidencia la inoculabilidad del tubérculo del hombre á los animales, y todo induce á creer que la tisis sería tambien inoculable del hombre al hombre.

Excusado es insistir en la importancia de estos trabajos, pues de confirmarse las experiencias del doctor Villemain resultaria que la cohabitacion con los tísicos podría dar á las personas sanas el germen de tan horrible enfermedad.

La Academia ha recompensado estos estudios con un premio de 2,500 francos.

Luego se han dado premios á M. Janssen por sus observaciones astronómicas, á M. Lavalley ingeniero, por los aparatos mecánicos de su invencion empleados en las obras del canal de Suez, á M. Gerbe por sus estudios de fisiología experimental, etc., etc. El gran premio de 100,000 francos fundado por M. Breat para el que descubra un modo de curar el cólera en la mayor parte de los casos, no ha podido otorgarse desgraciadamente; pero el interés de esta suma se ha repartido entre los doctores Lorain, Bébant y Nicasie por ciertos resultados obtenidos en circunstancias dadas, aunque se consideran solo como casos aislados.

Saldremos ahora de la Academia despues de haber tomado á la ligera estos apuntes, que nos han parecido interesantes, para ocuparnos de una demanda de divorcio, que por las personas á quienes se refiere y por la naturaleza de los hechos que la motivan, merece quedar consignada en las crónicas parisienses.

La princesa de Beaufrémont pide á la justicia esta separacion: veamos los antecedentes, es decir, la historia de su casamiento con el príncipe.

En enero de 1861, la señorita Valentina de Chimay, se hallaba en Chimay en casa de su padre, cuando llega un parte telegráfico enviado de Paris por la emperatriz, preguntando si la familia tenia algun proyecto de próximo enlace para la jóven.

La contestacion fué negativa.

Algunos dias despues propusieron bajo los mismos auspicios, el casamiento de la señorita Valentina de Caraman de Chimay con el príncipe Pablo de Beaufrémont, que era entonces comandante de escuadron del 6° regimiento de húsares, y la contestacion fué tal, que M. de Beaufrémont se puso al punto en camino para Bruselas, donde el enlace se convino definitivamente.

La entrevista, sin embargo, habia sido muy rápida, y la jóven vino á Paris poco despues del regreso de su prometido esposo; pero sea por ahorrarse los preliminares de la boda, sea por no dar pasto á la curiosidad parisiense tan activa en estas ocasiones, el príncipe salió de Paris con direccion á Italia sin haber visto á Valentina, á quien no volvió á ver hasta el 2 de abril por la primera vez despues del mes de enero.

El 18 de abril se efectuó el casamiento en Chimay, de modo que los novios tuvieron para conocerse y apreciarse diez y seis dias.

Los recién casados pasaron en el campo la luna de miel, y la jóven que, segun nos dice su abogado M. Allou, de cuyo discurso extractamos brevemente estas noticias, estaba muy enamorada de su esposo, sin verse correspondida, se resignó al poco tiempo á seguir al príncipe á todos los puntos que le señalaban de guarnicion, compartiendo sus placeres y sus penas sin que él se lo agradeciera en manera alguna.

Aquí principia una interminable enumeracion de los malos procedimientos del esposo, que acumulándose unos sobre otros, acabaron por herir las delicadezas y legítimas susceptibilidades de la esposa.

El príncipe la dejaba sola en una ciudad cualquiera, y venia á Paris á divertirse. Luego estando con ella en Paris, la abandonaba y continuaba su vida de soltero; no la llevaba á la córte, sino para que diera pasos á fin de proporcionarle ascensos; al salir de la ópera la acompañaba á un

coche de alquiler, y se despedia diciéndola que él se iba al Casino. Quejas menudas en verdad, pero que no dejan de tener valor si se tiene en cuenta el círculo social en el que vivia este matrimonio.

En octubre de 1863, el príncipe pasa á Joigny de guarnicion, y se niega á que le acompañe su señora.

En esta época el príncipe escribió varias cartas bien significativas, por la indiferencia con que trataba á la princesa, pues no hablaba mas que de una cosa, de sus ascensos.

Tal fué el primer periodo de la vida conyugal de la princesa de Beaufrémont.

Para dar una idea de la situacion en que se hallaba la princesa al cabo de algunos años de matrimonio, de 1861 á 1864, vamos á reproducir una de sus cartas dirigidas á su señora madre política.

«Pablo va á volver, dice en esta carta, pero por mas que hago, no me atrevo á tener esperanzas en su nombramiento: temo que se canse; y sin embargo, ¿qué hacer? Sé que ya se quejan de tantas licencias como pide.

»Dios sabe que no soy yo quien se lo aconsejo; harto bien conozco que se aburre; le devora la actividad, y no tiene nada que hacer.

»La vida de interior le es antipática: querría viajar, hacer alguna cosa. Es un carácter que no se encuentra á gusto ni satisfecho en la vida apacible y de familia. A la larga viene el enojo, y lo comprendo. Desearia que tuviese la distraccion de una campaña que pusiera en evidencia sus talentos militares y su inteligencia de soldado. Pero esto no se proporciona fácilmente, y es preciso esperar; lo que es yo no me aburro nunca, y estoy ya bien acostumbrada á mi soledad y á mi aislamiento. Me agrada todo, y con poco me contento; nada mas infalible para alcanzar la paz y el reposo. Me acompaña una amiga que tambien tiene hijos, y cuyo esposo está de guarnicion lo mismo que el mio: nos consideramos como dos viudas, y nuestras niñas son de la misma edad.

»Pinto mucho, trabajo bastante, leemos juntas, en fin, se pasa el tiempo, y os juro que el placer de no estar en Paris me acorta mucho las horas. Jamás podría acostumbrarme á la necia vida que se hace en Paris. Cuanto mas veo la sociedad, menos me agrada, y allí donde tantas personas encuentran distraccion, yo no hallo mas que hastío y enojo.»

En 1864 el príncipe de Beaufrémont fué enviado á Napoleville, y tampoco esta vez consiente en que su esposa le acompañe; pero muy luego obtiene una licencia de medio año.

Una vez en posesion del permiso, el príncipe le aprovecha en viajar por Italia y por España, y entre tanto su señora continúa su vida solitaria.

Por fin ya está de vuelta: la princesa de Beaufrémont da á luz su segunda niña en Menars, y el príncipe la hace dos visitas, pues continúa su existencia independiente.

En una de estas visitas ocurrió esta escena:

La princesa tenia en su palacio diferentes personas, amigos del príncipe de Beaufrémont ó de su madre, pues se hallaba en la propiedad de la princesa de Chimay.

M. de Beaufrémont se quejó de que los huéspedes del palacio no le hacian el debido recibimiento, y con este motivo hubo un altercado muy serio, en el que el príncipe dijo por primera vez á su esposa: «Separémonos.»

Y esta palabra, que sumergió á la pobre jóven en la mas profunda desesperacion, fué pronunciada cuando acababa ella de dar á luz su segunda niña.

Sin embargo, á todo esto, tantas instancias como se habian hecho no habian sido infructuosas, y por fin, M. de Beaufrémont fué nombrado teniente coronel y enviado á Méjico.

Con efecto, en 1865 salió para Méjico, donde permaneció diez y ocho meses.

Para reunir su bolsa de campaña, comenzó por venderlo todo, aun aquello que no era de su uso exclusivamente personal, como por ejemplo, los caballos del coche de la princesa, y así reunió una cantidad de 30,000 francos.

De este dinero empleó una parte en cubrir los gastos de su equipo militar, y dejó á su esposa una suma de 8,000 francos para que pagase deudas que ascendian á 8,500.

Desde aquel dia la princesa se reduce á no gastar nada, paga por todas partes, administra con la idea de aumentar el valor de las propiedades que constituyen á medias con su hermano la fortuna de su esposo, y por economia pide á su madre que la abandone Menars, una de las posesiones mas hermosas que hay en Francia, pero que es al mismo tiempo sumamente solitaria y triste.

Quisiéramos que nos fuese posible dar á conocer el contenido de las cartas de la princesa á su esposo mientras este estuvo en Méjico: su dolor al verle partir, su desconsuelo por la separacion, su deseo de volverle á ver, su amor en fin, que se manifiesta en cada línea, en cada palabra de esta tierna é interesante correspondencia. Pero su extension nos lo impide, y habiendo consignado ya cuáles son los sentimientos de la esposa durante tan cruel ausencia para ella, seguiremos la narracion de los hechos.

El príncipe vuelve á Francia en 1867, mientras su señora estaba en Pau, y ni siquiera la da parte de su llegada, pero al cabo de dos dias la envia un despacho telegráfico que dice así: «No he hallado mis camisas; dime en dónde están inmediatamente.» A la vuelta de año y medio de separacion, hé ahí la primera comunicacion del esposo que regresa de Méjico.

Sabido es que la ciudad de Pau es en invierno la residencia elegante por excelencia. El texto del despacho que acor-

hemos de citar, fué la risa durante muchos días de la colonia europea.

Por último, los actos de esta naturaleza menudean: por las cosas más fútiles el príncipe arma cuestiones escandalosas tanto en la casa como fuera de ella, hasta que la vida común cesa completamente, y si no obstante viven juntos, es por salvar las apariencias.

En Menars principalmente, ocurrió un escándalo que es el que puso el colmo al sufrimiento de la esposa.

Estando allí presentes varios miembros de la familia y algunos amigos íntimos de la casa, el príncipe de Beauffremont se dirigió personalmente a cada uno de ellos y quiso arrojarlos fuera. «No, exclamó la princesa; estamos aquí en la casa de mi madre; respetadla.» A consecuencia de este acto de violencia inaudita, la princesa se decidió a pedir la separación que nos ha dado a conocer los hechos que anteceden.

Hasta ahora no ha habido resolución judicial; mas en el momento que recaiga no dejaremos de consignarla en estas crónicas.

Nada absolutamente digno de notarse en los teatros de París: en la actualidad el aficionado a espectáculos teatrales debe buscarlos en cualquiera parte del mundo excepto en la capital de Francia, que en estos meses, se halla como si dijéramos de vacaciones. Pero eso sí, fuera de aquí encontrará programas seductores, como verbigracia el de Baden que ocupa estos días la cuarta parte de los periódicos y nos señala los días en que habrá conciertos por los primeros concertistas de Europa, representaciones del Teatro Francés, de la Opera francesa y de la Opera italiana. El anuncio rebosa atractivos: aviso a los que puedan aprovecharle.

MARIANO URRABIETA.

De la educación

CONSIDERADA EN SUS RELACIONES CON LA SALUD Y CON LA SOCIEDAD.

La educación humana en su significado más lato tiene por objeto la indicación de reglas fijas y constantes para perfeccionar los órganos y de consiguiente sus acciones destinadas a la conservación del individuo, a la perpetuación de la especie, y como corolario derivado de estas dos tendencias capitales, a la formación de la sociedad, y a las creaciones individuales o colectivas que en último término se encaminan todas a elevar la humanidad en general, aunque a primera vista parezca muchas veces su objeto más parcial y circunscrito.

El conjunto de todas estas acciones consideradas aisladamente en un individuo, constituye la vida individual; la vida social es la síntesis de todas las individuales, es el agregado de las acciones de todos los individuos que componen la sociedad.

Por medio de la educación se extrae del fondo humano todo lo que el hombre puede dar de sí, conduciendo sin riesgo el organismo al mayor desarrollo de fuerza física y moral que es susceptible de adquirir; por medio de la educación se aumenta, en obsequio del todo, el contingente que ha de pagar cada una de las partes que lo componen, y en esta especie de explotación del hombre por la sociedad, esta saca de aquel todo el provecho posible. La educación moral, lo mismo que la intelectual, tiende a poner al hombre en estado de obrar solamente en bien y provecho propio, y en bien y provecho de los demás; y seguramente la mejor educación es la que mejor armoniza el todo con las partes, la que menos pone en lucha el interés del individuo con el interés de la generalidad.

Siendo la vida social el conjunto de las vidas individuales, el conjunto de las educaciones individuales es lo que constituye la educación de la sociedad. La educación individual puede volver al hombre fuerte, sabio, virtuoso, y como en cada nación, en cada provincia y en cada localidad hay cierta analogía en la educación de todos los individuos, se encuentra también cierta analogía en su moral y hasta en su físico, y esto es lo que constituye el carácter particular de cada pueblo, atribuido por algunos exclusivamente a las influencias del clima y a la topografía de un país. Estas causas presuntas, cuyo modo de obrar no se desconoce enteramente, son cuando más accesorias o coadyuvantes.

El hombre es susceptible de tres educaciones, de la física, de la moral y de la intelectual, y es el único ser que puede recibir las tres de una manera vasta y casi completa, porque, como veremos más adelante, es el único que goza de libertad moral e intelectual. La educación puede comprenderlo en todos sus detalles, en toda su extensión, y constituirle un complejo de abnegación, de inteligencia y de fuerza.

La educación física tiende a vigorizar el cuerpo, pero el vigor del cuerpo vale poco sin el vigor del alma. Si aquel no es esclavo de esta, si uno y otra no se desarrollan a la par siendo la fuerza de aquel la que prepondera, el hombre abusa de ella fácilmente, y debe a una educación exclusivamente física un carácter verdaderamente salvaje. El hombre completo es el resultado de las tres educaciones; es menester como Sócrates pasar

del gimnasio a la academia; un criado no debe ser débil; demos fuerza al cuerpo para que sirva debidamente al alma; pero demos fuerza al alma para que pueda mandar al cuerpo.

Afortunadamente la naturaleza misma nos sirve de guía en cierto modo para dirigir y sostener en proporciones justas las tres educaciones. Nuestra organización tiene ciertas necesidades que es preciso satisfacer; si estas necesidades se desatienden o satisfacen incompletamente, o bien si no las contenemos dentro de los límites establecidos por la moral y la razón, la salud se resiente de una manera más o menos profunda de esta falta o de este exceso, como si la naturaleza, para evitar que se haga un mal uso de las sensaciones instintivas que indican nuestras necesidades y nos instan a que las satisfagamos, hubiese establecido las enfermedades como indispensable consecuencia de nuestros abusos. Los hombres deberían ser buenos por egoísmo. No son una paradoja las palabras célebres de Fracklin, quien para probar que es más fácil y más útil para el mismo individuo ser bueno que ser malo, dijo: «Si los malvados supiesen las ventajas que se reportan de ser hombres de bien, serían hombres de bien por maldad. Si los hombres entregados a la crápula, a la corrupción y al ocio se penetrasen de los beneficios de la sobriedad, de la continencia y del trabajo, por interés propio o por egoísmo serían sobrios y laboriosos.» En un lúcido intervalo la virtud del lord Biron, del poeta más escéptico de nuestros días, reaccionada contra su desesperación y habituales delirios, le hizo prorumpir en estas magníficas palabras: «Empiezo a advertir que en este mundo lo único que hay bueno, es la virtud: estoy harto de vicios, cuyas variedades he probado hasta lo sumo.»

No es difícil armonizar las facultades del alma con las del cuerpo, porque esta armonía se funda sobre sensaciones que son el grito de los órganos, y la legítima expresión de sus deseos, por lo que nos basta obedecer su voz, y esta sumisión a los preceptos del organismo se adopta voluntariamente, porque el placer la remunera. Es un axioma reconocido por la psicología y la fisiología que el dolor y el placer son indispensables a la existencia del hombre, porque son constantemente su guía. La naturaleza, por medio del placer nos indica lo que nos conviene, y se vale del dolor en los actos normales de la vida para que rechacemos lo que puede perjudicarnos.

No en vano las sensaciones internas han sido llamadas la salvaguardia de la economía. ¿De qué nos servirían, en efecto, las nociones que nos dan los sentidos externos de las cosas de que debemos hacer uso para nuestra conservación, si las sensaciones internas no nos advirtiesen nuestras necesidades? Es de consiguiente necesario atenderlas y no son de despreciar las reglas que nos señalan el modo como debemos someternos a ellas.

Las sensaciones instintivas físicas, es decir, las que tienden exclusivamente a la conservación del individuo y de la especie, han sido localizadas por los frenólogos, y cada una de ellas tiene a su disposición un aparato muscular capaz de mover con viveza la masa del cuerpo animal. Todas ellas no son más que otras tantas variedades o modificaciones del amor a la vida y del deseo de transmitirla a otro ser, de lo que resulta la conservación del individuo y de la especie.

La educación moral tiende a vivificar el alma y la llama al juicio de nuestras acciones. Se ejerce sobre los sentimientos afectivos, llamados también sentimientos del corazón, y provoca el desarrollo de las facultades del alma, de cuyo enlace con las de la inteligencia nace el hombre, que se distingue de los demás animales por su amor a lo bello y el sentimiento de lo infinito.

Estas sensaciones, aunque instintivas también, son más nobles y más extensas que las precedentes, y su cultivo es el que forma la educación propiamente dicha, la cual empieza en la cuna, siendo las madres los primeros y tal vez los únicos preceptores que nos da la naturaleza.

Las sensaciones afectivas comprenden todos los actos psicológicos, que hasta cierto punto independientes de las facultades del entendimiento, nos separan, si así puede decirse, de la materia; nos hacen entrever un mundo nuevo, un universo desconocido, y nos inclinan a ciertos actos, que son los que constituyen nuestra conducta social y moral. Tal es, por ejemplo, el instinto honroso y santo que une los padres a los hijos, sin el cual estos sucumbirían abandonados a su impotencia; tal el instinto que procura la unión de los sexos, que es el principio de la familia, y de consiguiente el origen de la sociedad: tal también el sentimiento que nos induce a compadecernos de las desgracias ajenas y a tender en él infortunio una mano amiga a nuestros semejantes desvalidos. ¿Quién no ve en estas sensaciones algo más noble, algo más elevado que en los instintos puramente físicos, como el hambre y la sed? Estos últimos, más limitados, se refieren a la vida individual, aquellos más extensos nos ponen en relación con la sociedad. El hombre guiado exclusivamente por los instintos físicos, sería egoísta, porque todo lo reduciría a su miserable personalidad; en tanto que los instintos sociales le sacan del aislamiento en que le encierra el egoísmo y le hacen buscar fuera de sí comunicación y simpatías.

No confundamos tampoco los sentimientos del alma con la reflexión y la inteligencia: no confundamos la conciencia con el entendimiento, ni los progresos de aquella con los de este: son cosas distintas, como la ciencia y la virtud. La inteligencia tiende también al individualismo; al amor y a la simpatía no tiende más

que el alma. El entendimiento subordinado a los instintos físicos aspira a la explotación de la sociedad por el individuo; el alma, al contrario, tiene arranques de heroísmo que obligan al hombre a sacrificar su individualidad a un interés más general, poniéndose en abierta pugna con sus instintos de conservación. Sin estos arranques no habría héroes, tampoco habría mártires gloriosos; no habría lo que se llama el amor de Dios y de la humanidad, que es el manantial de todas las acciones generosas, y que tan bien comprendido fué por santa Teresa cuando dijo: «Si Satanás pudiese amar, dejaría de ser malo.» El espíritu evangélico de estas palabras se encuentra en las siguientes de Fenelon: «El hombre debe más a su familia que a sí mismo; más a su patria que a su familia; más a la humanidad que a su patria.» Mas adelante Montesquieu aplicando a las instituciones humanas la moral del Evangelio, dijo: «Que si supiese que una cosa era útil a su patria y perjudicial al linaje humano, la consideraría como un crimen.»

Todos los instintos pueden ser exagerados, en cuyo caso se convierten en pasiones, las cuales, como lo indica bien su etimología, nos hacen padecer. La educación moral es la destinada a regularlos, es la que les traza los límites en que han de estrecharse para que no sufran un desvío.

Para establecer esta educación no ha habido entre los moralistas e ideólogos la debida conformidad, como lo prueban las distintas clasificaciones que han inventado como base y como punto de procedencia de sus teorías. Actualmente la educación se funda en la división más reciente que se ha hecho de las sensaciones, distinguiendo las que son comunes a los animales de las que son exclusivas al hombre. Ya en la actualidad no es la inteligencia sino la conciencia la que se considera como línea divisoria, que nunca podrá ser invadida por los animales, la cual separa eternamente a estos de la especie humana. El hombre con respecto a su entendimiento se diferencia de los demás animales por la mayor extensión de que son en él susceptibles las facultades intelectuales; con respecto a la conciencia, la diferencia no versa sobre un grado mayor o menor, sino que está fundada sobre la esencia de la naturaleza humana, pues el hombre y solo el hombre goza de conciencia, solo el hombre sabe combatir su propio interés por miedo que se tiene a sí mismo; solo el hombre es obediente a una voz interior que le aconseja un modo de obrar que se halla algunas veces en diametral oposición con sus deseos.

JUAN RIBOT Y FERRER.

(Se continuará.)

Carreras del bosque de Boulogne.

EL GRAN PREMIO DE PARIS.

M. A. Lupin, uno de los hombres más notables del turf francés, ha ganado el domingo último, con su caballo *Glaneur*, 132,000 francos, con más una copa de 10,000 francos.

Muchos miles de personas presenciaron el hecho. No sin trabajo *Glaneur* alcanzó el triunfo; dos caballos ingleses, *the Drummer* y *Rysworth*, le seguían muy de cerca, pero en fin, la nariz de *Glaneur* llegó antes que las otras y fué proclamado vencedor a los aplausos frenéticos de una muchedumbre ébria de entusiasmo.

Que no se hable ya más de la pasión de los ingleses por las carreras de caballos; pues los franceses, al menos el día en que se disputa el gran premio de la villa de París, no les van en zaga.

No se parece a Epsom, porque es mucho más elegante, porque el paisaje es incomparablemente más variado, más pintoresco en el bosque de Boulogne, porque los coches son más lujosos y los espectadores vuelven con más aplomo de la fiesta; pero no hay menos bulla, ni animación, ni se juega con menos furia.

Observemos en el recinto del peso esa techumbre rústica, esa seta colosal; es verdaderamente la Bolsa de las carreras; ahí están los agentes de cambio, los corredores y los especuladores del turf. El que quiere jugar cien lises, mil lises, que vaya a ese sitio.

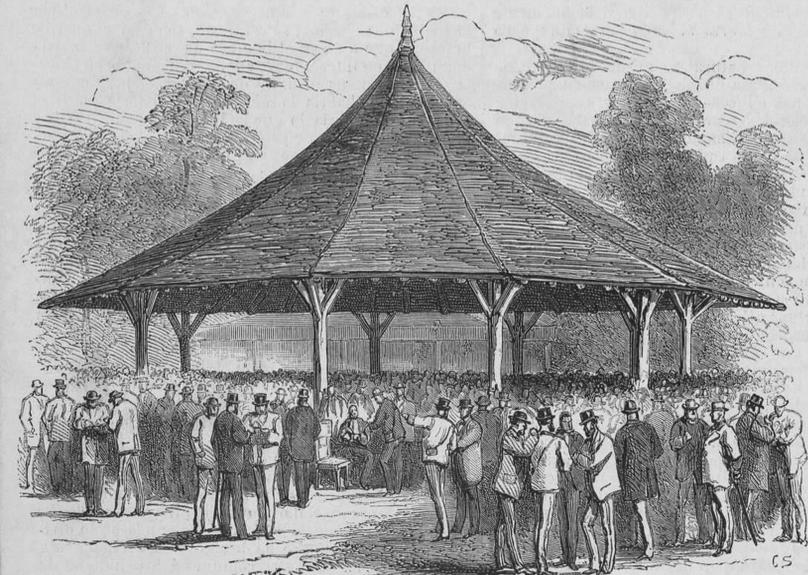
Sin embargo, hay campo para todos: el que solo se propone arriesgar un luis, diez francos, cinco francos, dos francos o un franco, no tiene más que atravesar la pista, entrar en la pradera, dejar a la izquierda la vasta tienda donde se halla el café, y dirigirse al fin hacia el semicírculo que dibujan esos carruajes que parecen omnibus divididos en compartimientos y donde se alza un cuadro que recuerda con bastante exactitud la tabla de Pitágoras.

Esos carruajes se hallaban como secuestrados desde que principiaron las carreras, en razón a que la justicia quería prohibir las operaciones de que son instrumento, y que se conocen con el nombre de: «Apuestas mutuas.»

Las *poules* también se prohibieron y han sucumbido; pero las apuestas mutuas han sido amnistiadas y los consabidos vehículos han vuelto a aparecer en los hipódromos.

La *poule* era un verdadero juego de azar, una rifa, cuyos lotes estaban representados por caballos que no siempre corrían, aunque figurasen en el programa.

En la apuesta mutua el azar no tiene entrada: cada



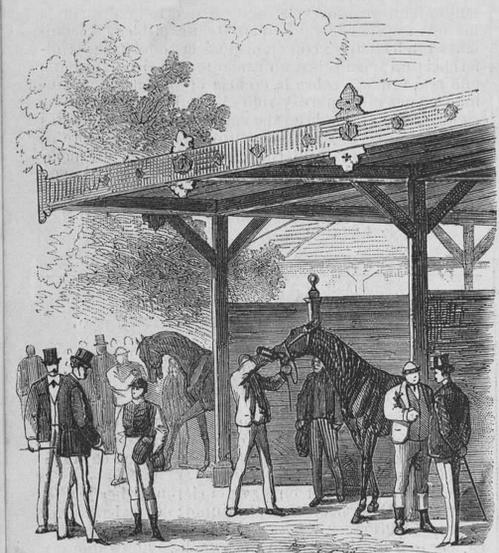
Pabellon de las apuestas.



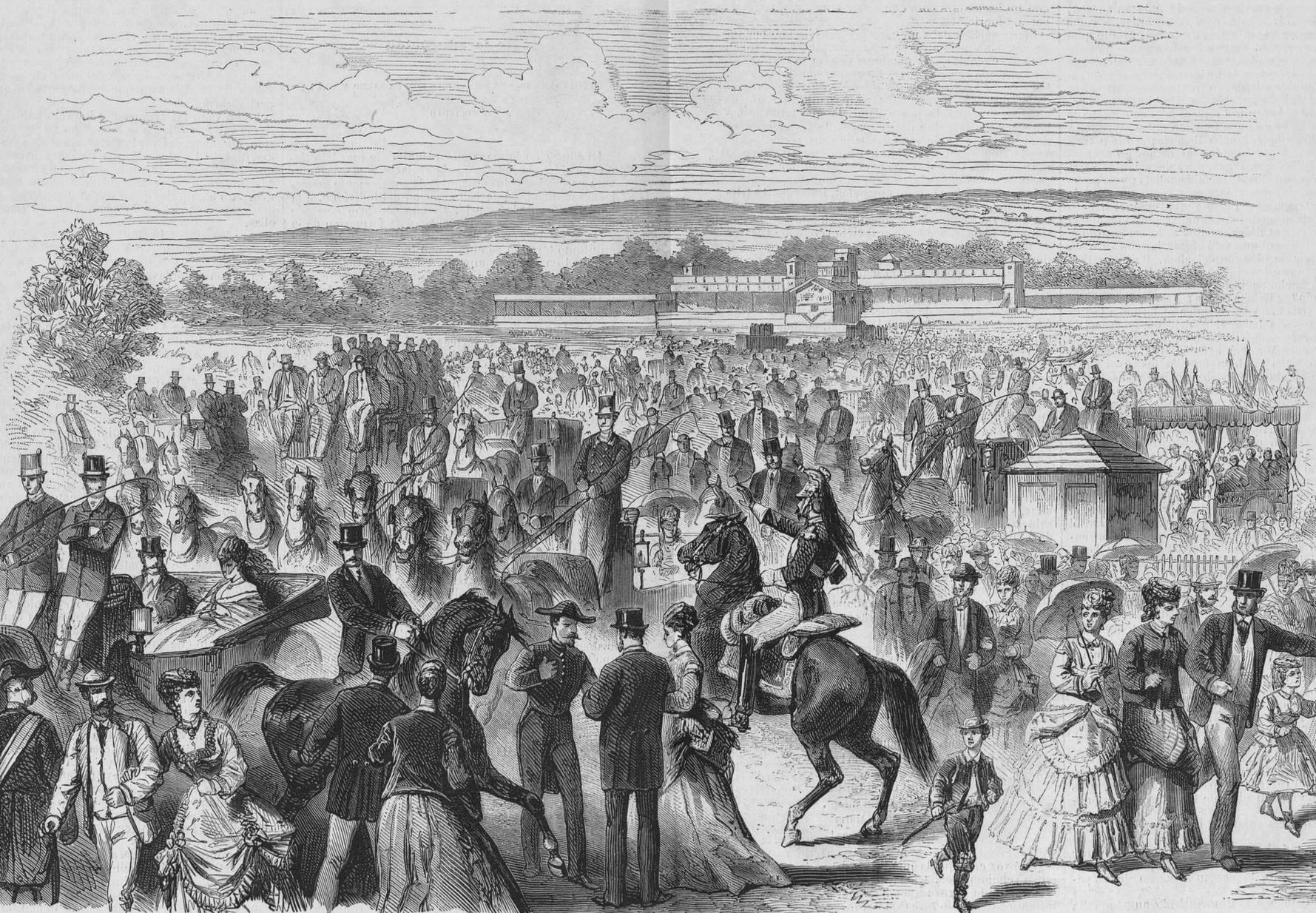
Las carreras de Longchamps el dia del gran premio de 100,000 frs. — Los carruajes de las apuestas mutuas.



Los cafés del campo de las carreras.



Bozas donde preparan á los caballos.



Salida de los carruajes del campo de las carreras.



La tribuna del juez y el poste de llegada.

COSSON SWEETON

cual elige con toda libertad el caballo que mas confianza inspira.

Supongamos una carrera entre diez caballos. Un individuo cree en el triunfo del N° 5 y toma el n° 5; otro prefiere el N° 2 y toma el N° 2; á medida que se hacen las apuestas se inscriben en el cuadro, por manera que el que llega cinco minutos antes de la carrera sabe que diez personas han puesto su dinero sobre el N° 3, quince sobre el N° 4, seis sobre el N° 8, etc., etc.; y determinadas así las operaciones cuando comienza la carrera, el cuadro indica el total de todas las cantidades que se cruzan. Supongamos que este total ascienda á 4.000 francos: esta suma la gana aquel ó aquellos que han apostado en favor del caballo vencedor. Si son diez, cada uno de ellos gana 400 francos; si son cinco, es doble, etc.; y si no hay mas que uno, como sucede á menudo, se lleva los 4.000 francos, menos el derecho de la agencia, que varia de 5 á 10 por 100.

La puesta es, como hemos dicho, de 20 francos, 10 francos, 5 francos ó 1 franco; pero se pueden poner 5 luises en vez de uno sobre un caballo, ó se pueden elegir varios caballos. Se sobreentiende que las puestas de 1 franco, 5 francos, 10 francos y 20 francos no se confunden; por 1 franco no se cobran otras puestas que las de igual valor, y lo mismo sucede en las otras tres categorías.

Pero volvamos á tomar el camino del recinto del peso; los jockeys se hacen pesar con sus sillas y todo lo que debe llevar el caballo, y luego se dirigen hácia el pabellon de los boxes, donde los mozos de cuadra dan la última mano á los caballos que van á emprender la lucha: el dueño les vigila, el caballo está ensillado, ya no falta mas que introducirle con destreza en la boca el cuello de una botella de agua, operacion para la que se necesita mucho tino.

A los caballos no les gusta la botella; apenas se traigan algunas gotas del agua que sale de ella; pero tampoco es preciso que beban mucho, pues correrian mal; basta que se refresquen para el combate.

Ya están en la pista, y hé aquí que vuelven á la izquierda, pasando entre la tribuna del juez y el poste de llegada, que se reconoce por el gran círculo que le corona enfrente del pabellon imperial; llegados cerca del molino se vuelven y se lanzan al galope, subiendo hácia las tribunas. Pero ¿es la carrera definitiva?... No: es el galope de prueba, y por eso vuelven sobre sus pasos: ya están en línea; M. de La Rochette baja un banderín rojo y el peloton multicolor desfila ante las tribunas.

Este año *Glaneur* es el vencedor: M. Greffulhe lo proclama, y los que han apostado sobre el N° 9 corren á los carruajes. Una inmensa muchedumbre invade la pista, los sombreros vuelan por los aires, todo el mundo rie y grita, y *Glaneur*, protegido por una doble hilera de sargentos de villa, vuelve majestuosamente al recinto del peso, donde le espera una ovacion indescriptible.

¡Bravo, *Glaneur*! ¡Bravo, Kitchener! (el jockey) ¡Viva Lupin! (El amo.) *Drummer* se consolará de su puesto de segundo con 40.000 francos, y *Rysworth* de un puesto de tercero con 5.000. En cuanto á los otros once que corrieron, se volverán á las caballerizas cargados con las maldiciones de aquellos que apostaron en su favor.

Los ingleses han perdido cantidades considerables: jugaban mucho en favor de *Drummer* y de *Rysworth*, y de *Glaneur* no hacian caso. H. G.

La Damisela del Castillo,

CUENTO

POR DON VICTOR BALAGUER.

(Continuacion.)

VIII.

DE COMO NO ES CIERTO LO DE QUE Á MUERTOS Y Á IDOS NO HAY AMIGOS.

¡Pobre damisela Dulce! Habia nacido para ser feliz, para brillar deslumbradora y envidiada, hermosa entre las hermosas, reina de las fiestas y torneos. Pero ¡ay! ¡cuán otra fué desde aquel día su existencia! Encerrada en el viejo castillo de sus padres como en un sepulcro, enlazada á un hombre de hierro como su armadura, á quien aborrecia y que jamás habia tenido para ella ni una palabra de consuelo, ni una sonrisa de amor, la pobre jóven comenzó á languidecer como una flor que se marchita falta de aire y de sol; como languidece el pobre ruiseñor á quien se encierra en la jaula, falto de espacio en que tender libre sus juguetonas alas.

¡Pobre damisela Dulce! Despidieron á todos sus antiguos sirvientes, á todos los que siempre la habian rodeado, y ya solo vió junto á ella rostros extraños y severos que la miraban con hipócrita compasion, criados que la servian con indiferencia y desden. Seguian en esto la conducta del conde, que era de hielo para ella, y que, oponiendo un aspecto siempre glacial á la belleza pálida y suave de la jóven, la miraba con el mismo desden que al último de sus servidores.

La infeliz jóven pasaba la vida entre humillaciones

continuas, y sin embargo, nunca se la oyó exhalar un suspiro, balbucear una queja, jamás se la vió derramar una lágrima. En el silencio y en la soledad era donde aquella mártir de su heroísmo las derramaba abundantes. Dotada, como ya sabemos, de una energia de carácter verdaderamente varonil, de una fuerza de voluntad verdaderamente extraordinaria, todo lo sufría en silencio, con esa pasmosa y sublime resignacion que convierte á una mujer en una mártir.

Triste, sola, aislada, veia deslizarse los dias monótonos y frios, sucediéndose unos á otros sin ningun atractivo, sin variacion alguna, sin emociones de ninguna clase que pudieran distraerla ó que pudieran prestar algun alivio á su pecho dolorosamente acongojado, á su alma cruelmente herida. Inclínada siempre sobre los bordados de tapicería á que se entregaba y que le proporcionaban algunos momentos de grata distraccion, permanecia sola en su estancia sin ver entrar apenas á nadie, sin hablar con persona humana muchos dias. Mejor que la dama de La Roca, era la prisionera del castillo.

¡Y qué triste es el dolor en la soledad!

Algunas veces, á la caída de la tarde, se aproximaba á una de las ventanas de su habitacion que daba al parque, y entonces le sucedia soltar descuidada la tapicería que bordaba, y levantando la cabeza, pasear su mirada distraida por la rica y espléndida verdura del jardín que enviaba hasta ella, como un saludo misterioso, sus perfumes. La damisela aspiraba la odorífera fragancia que despedían las plantas con aquella especie de febril entusiasmo que sienten por las flores las naturalezas excesivamente nerviosas, y mientras su mirada recorria los grupos peregrinos de follaje, acaeciale fijarla á menudo en la esbelta torre del Pino que se alzaba gigantesca, y que era para ella un viviente recuerdo.

Entonces sentia Dulce que su corazon se oprimia, como si una invisible mano de hierro se lo estrujara, y un estremecimiento nervioso recorria todo su cuerpo. Cerraba entristecida los ojos para no recordar, y como sucede siempre en casos tales, cuanto mas pronto queria olvidar, mas pronto y mas minuciosamente recordaba. Con los ojos cerrados, veia pasar por delante de ella, grata y dulce vision, la imágen querida de su page, con su lánguida mirada, su frente pálida, su sedosa cabellera, sus labios entreabiertos para murmurar palabras de amor y de ternura: recordaba aquella triste y melancólica trova catalana que con dulce expresion y singular sentimiento entonaba Rogerio; sentíase trasportada á otro tiempo, cuando, las manos en las manos, los ojos en los ojos, gozaban los dos amantes á través de la reja momentos de inefable delicia; y en aquellos momentos, fugaces y pasajeros como un rayo de sol en un dia nebuloso, Dulce sentia ensancharse su corazon, y abrirse expansivo á aquel recuerdo de amor, lo mismo que ciertas flores macilentas abren su aroma al cáliz al rayo de sol que va á abrazarlas con su beso.

De esa especie de obsesion del alma, Dulce se despertaba siempre con los ojos bañados en lágrimas. ¡Ay! ¿qué se habia hecho aquel hombre por ella tan ardentemente amado? ¿Dónde estaba? ¿En qué regiones desconocidas vivia?... A veces Dulce se formaba la ilusion de que no podia haber sido olvidada, y acaeciale alguna noche asomarse á la ventana y clavar sus ojos en la luna, creyendo que á aquella hora y desde un punto remoto fijaba tambien en ella los suyos aquel hombre, cuyo nombre no estaba jamás en sus labios, pero cuyo recuerdo vivia eterno en su corazon. Le parecia entonces sentir el contacto de estas dos miradas, y se apartaba desolada de la ventana, presa de un estremecimiento de terror y velándose el rostro con las manos, como si solo con aquel casto roce creyese ya haber faltado á sus deberes de esposa.

Una tarde, al abrir sus ojos despues de una de esas tan plácidas como raras expansiones con que daba treguas á su dolor, la damisela vió delante de sí, en pié, y clavando en ella su mirada de sátiro, á Erasmo, el hombre de confianza, el brazo y de seguro tambien el alma del conde Arnaldo. Dulce, que sentia un invencible y secreto sentimiento de horror hácia ese hombre, no le dirigia jamás la palabra, y contestaba siempre con laconismo á las preguntas y observaciones que á veces aquel le hacia, por causa de su empleo en el castillo.

Estaba Dulce, la tarde de que hablamos, sentada en el salon del Homenaje, y desvanecida por su obsesion, habia dejado descansar en su falda la tapicería en que se ocupaba. Al ver á Erasmo se estremeció, é inclinándose sobre su bordado, como si no hubiese reparado en la persona que allí se hallaba, púsose tranquilamente la damisela á continuar su tarea.

Una fugitiva chispa de cólera iluminó con siniestro resplandor los ojos de Erasmo ante aquella señalada muestra de profundo desden.

— Señora... dijo el mayordomo.

La damisela hizo como que no hubiese oído.

— Señora, repitió Erasmo, mi noble señor ha observado que bajais á rezar todos los dias á la capilla, y os previene que de hoy en adelante tendreis que suspenderlo.

Dulce alzó entonces sus ojos y miró fijamente al mayordomo.

— ¿Qué suspenderlo? preguntó con voz levemente conmovida. ¿Se prohíbe tambien á la hija ir á orar al pié de los altares para el descanso eterno de sus padres?

— Señora... balbuceó Erasmo turbado ante aquella mirada,

— ¿No bastan, pues, prosiguió la damisela, las humillaciones que se me hacen sufrir, los insultos y desprecios á que se me expone, sino que hasta se me niega mi último consuelo, el de la religion, el del rezo? Pues bien, decidle al conde que deseo hablarle. Quiero oír de sus propios labios esta prohibicion.

— El conde está de caza y no volverá hasta mañana.

— ¡Siempre la misma respuesta cuando yo deseo verle! ¡siempre ausente del castillo!

— Permittedme deciros, señora, que el objeto del conde era solo advertiros que se han de hacer reparaciones indispensables en la capilla, y suplicaros que suspendierais bajar á ella interin se efectúan estos trabajos. Por otra parte, si quereis hacerlo podeis bajar á hora en que no se trabaja, de noche, por ejemplo. Aquí nadie se opone á vuestra voluntad, señora; todos os obedecen, y yo el primero.

Y dichas estas palabras con un tono que tenia algo de sarcástico, Erasmo saludó y partió.

Aquella misma noche la damisela, que por nada en el mundo hubiera dejado de ir á rezar en la capilla donde descansaban las cenizas de su padre y abuelo, fué como tenia de costumbre á cumplir el religioso deber que se habia impuesto. Erasmo no la habia engañado. Las reparaciones comenzadas en la capilla hacian que la nave se hallase obstruida por andamios, escaleras y maderos; por entre todo lo cual tuvo Dulce que atravesar para llegar al sitio donde ordinariamente doblaba la rodilla, y donde cada dia, buscando en el rezo un alivio á las penas, pedia á la religion la necesaria fortaleza para continuar soportando con valor y serenidad sus sufrimientos.

Desde entonces prosiguió la damisela bajando todas las noches á la capilla en lugar de hacerlo por la mañana como antes, y esta hora de consuelo y paz en que se entregaba con expansion á todas las dulzuras que guarda la fe para un corazon lacerado, era esperada todo el dia con impaciencia por aquella pobre alma que no hacia otra cosa que sufrir y callar, que resignarse y morir.

Cierta noche estaba orando, no por ella, no por sus padres, sino por otra persona que jamás se habian abierto sus labios para nombrar, pero cuyo nombre estaba grabado con caracteres indelebiles en su corazon. Por Rogerio. Creíale ausente de su pais guerreando en distantes tierras, lejos para siempre de su pais natal, y por esto la pobre damisela que tanto le habia querido, la pobre mujer que tanto le habia amado, consagrábale de vez en cuando un recuerdo envuelto en la virginal vestidura de la oracion, y pedia tiernamente á Dios victorias para su brazo, laureles para su frente, honra y prez para su nombre.

La noche de que hacemos mencion, Dulce estaba triste, triste como una mañana sin sol, como un corazon sin amor, y cuando hubo concluido su amorosa plegaria, cuando hubo demandado al cielo con todo el fervor de un alma cristiana amparo y proteccion para su antiguo page, inclinó su frente pensativa y cargada de recuerdos hasta apoyarla en el mármol del altar, como la flor que al caer las sombras se doblega entristecida bajo el relente nocturno.

Acababa apenas de sentir refrescada su ardorosa frente por el frio contacto del mármol, cuando le pareció que la caja del altar se estremecia con aquella especie de oscilacion que, cual si fuese animada, parece comunicar á una bóveda una sola voz vibrando en el vacío. Permaneció inmóvil la damisela, y no tardó en adquirir de ello una certeza, llegando hasta á distinguir el ligero murmullo lejano y continuo de una voz que se prolongaba como si entonara un canto.

Dulce sintió helarse su corazon á aquel eco profundo y subterráneo que llegaba misterioso hasta ella como una voz del otro mundo.

Movida por la curiosidad, deseosa de cerciorarse, impelida por un secreto movimiento, aplicó su oído, no ya al mármol, sino á la tabla que servia de frontal al altar, y un grito se escapó de sus labios. Allí la voz subterránea se oía clara, perfecta, distinta, contribuyendo á ello el silencio de la noche y la calma profunda que reinaban en la capilla y en sus alrededores. Cuando su oído se hubo acostumbrado, no solo fué ya el murmullo de la voz lo que oyó, sino que alcanzó á recoger muchas palabras de aquel canto misterioso.

Era una melancólica trova catalana, que la damisela conoció perfectamente á las pocas palabras:

Ja son pare se 'ls presenta
De sos ulls brollantne foch.
« — ¡Mal robador de doncellas
Qué Deu te dó mala mort! »
Al demati 'ls enterraban
En una tomba á tots dos.
Caminant, quant aquí passes,
Digasne: « ¡Deu los perdó! »

La nineta n' era rossa,
N' era rossa com un sol.
¡ Amorosa Agna María
Robadora del meu cor!

¿Qué voz era aquella que iba á turbar á la damisela en su religiosa meditacion?... ¿Qué voz salida de las entrañas de la tierra respondía como un eco á su mas íntimo pensamiento?... ¿Qué voz misteriosa era la que hacia vibrar una cuerda simpática y por largo tiempo

dormida en su corazón, recordándole como en sueños una voz amada?... ¿Qué voz, en fin, la que repetía con melancólicas modulaciones una trova trágica que vivía en los recuerdos de aquella pobre mujer?...

Una sospecha vaga como el rayo, un recelo asesino como la duda penetró en el alma de Dulce. Sin embargo, lo desechó como quien arroja de sí un mal pensamiento.

— ¡No puede ser!... ¡no puede ser! dijo.

Y convencida de que había cesado la voz, dió algunos pasos para retirarse. En aquel momento el rumor de unas fuertes pisadas sonó fuera de la capilla. Alguien se acercaba.

Dulce, sobrecogida y asustada, obedeciendo al primer impulso del corazón, que suele ser siempre el mejor porque es siempre el más sano, Dulce, decimos, se precipitó detrás de un altar.

Un secreto instinto le decía que iba allí á pasar algo que la interesaba.

Los pasos fueron acercándose monótonos, firmes y pausados. Abrióse la puerta de la capilla rechinando sobre sus goznes, y apareció un hombre que, á la escasa luz de las dos lámparas que alumbraban el santuario, fué conocido de Dulce como uno de los servidores del conde Arnaldo.

En efecto, era Bocanegra.

También llevaba una lámpara en la mano, y atravesando la nave en toda su extensión, se dirigió en línea recta al altar donde momentos antes había estado arrodillada la damisela. Una vez allí, paseó una mirada sombría y siniestra por todas partes como tratando de asegurarse que estaba solo.

— ¡Dios mío! se dijo Dulce. ¿Qué va á hacer ese hombre?

Luego que Bocanegra creyó estar seguro de que nadie le acechaba, subió las gradas del altar, y á la luz de la lámpara que ante este pendía y á la luz misma de la que llevaba en la mano el recién llegado, vió la damisela inclinarse, pasar la mano por las molduras que ribeteaban los puntos extremos del frontal, apretar un botón secreto, y descorriéndose la tabla del altar, abrir un ancho boquete á los ojos atónitos de la joven que estuvo á punto de venderse lanzando un grito.

Bocanegra se introdujo sin vacilar por aquella abertura, llevándose la lámpara y una cesta en la que Dulce no había reparado hasta entonces. En cuanto hubo desaparecido, la tabla volvió á cerrarse.

— ¿Qué es eso Dios mío, que eso? se dijo la joven cayendo de rodillas tras de su protector altar, sobrecogida de terror y de sorpresa. Ese hombre es hechura del malvado Erasmo... ¿Dónde se dirige? ¿A dónde guía esa entrada misteriosa?...

Dulce recordó entonces haber oído hablar de unos subterráneos, especie de catacumbas, que debían existir debajo de la capilla, en los cuales, por lo que se decía, habían sido encerrados una vez diez moros prisioneros, á quienes se había dejado perecer allí de hambre y de sed, enterrándoles en vida. Punzante y desconsoladora, la más negra sospecha entró en su alma. Resolvió pues, no salir de la capilla sin haber averiguado aquel misterio.

Al cabo de unos diez minutos de angustia y de zozobra, tornó á correrse la tabla inferior del altar, y descubierta de nuevo la abertura, salió Bocanegra sin la cesta, volvió á cerrar, atravesó la capilla con paso lento, y desapareció, persuadido de que nadie había visto su maniobra.

Cuando hubo dejado de oírse el rumor de sus pasos, corrió Dulce al altar, y palpitante el corazón, empezó á tantear con trémula mano todas las molduras de la tabla. Allí debía estar el secreto, perdido entre el follaje toscamente labrado. Largo rato estuvo buscándole sin poder dar con él. Sus dedos tropezaron por fin con una hoja mas abultada que las otras y en medio con un botoncito de madera. Tiró de este botón y corrióse la tabla.

La abertura, de la cual se escapó una bocanada de aire espeso y húmedo como un vapor, ofreció á la vista de la joven un subterráneo con una escalera que se perdía en sus profundidades.

Descolgó la damisela la lámpara que iluminaba el altar, y resuelta, firme, varonil, se introdujo por el camino que Dios ó la fatalidad le deparaban, y comenzó á bajar los escalones.

— ¡Dios mío! ¿qué voy á saber? se decía.

A medida que iba bajando, le parecía oír como un ruido sordo y continuo, parecido al que hace un minero trabajando en las entrañas de la tierra.

A cada paso que daba se iba haciendo mas claro y distinto el ruido.

En cuanto hubo acabado de bajar la escalera, se encontró la damisela con una galería subterránea. De pronto, en el instante en que iba á doblar la esquina del camino que seguía, un estrépito fuerte como un desplome retumbó por bajo las bóvedas, y una corriente de aire fresco y puro fué á azotar el rostro de Dulce. El estrépito fué seguido de un grito ahogado de satisfacción.

La damisela se lanzó hácia el punto de donde partiera el rumor, pero tropezó á su paso con una reja de hierro. Fácil era, sin embargo, atravesar esta reja, pues le faltaban dos gruesos barrotes que vió la joven uno á los pies y otro en las manos de un hombre que, vuelto de espaldas á ella, acababa sin duda con auxilio de aquellos hierros de llevar á cabo la obra que placentero estaba contemplando. Alzabase á sus pies un montón de escombros que en escabrosa pendiente iban á comunicar con un boquete bastante capaz, abierto en

un rincón del techo, y por el cual penetraban el aire fresco de la noche y los rayos de la luna.

Dulce hizo un movimiento agarrándose á la reja. A este movimiento el hombre del subterráneo se volvió.

— ¿Quién va? dijo.

Y adelantóse blandiendo uno de los barrotes.

La damisela retrocedió un paso y dejó escapar un gemido. Había conocido aquella voz.

IX.

DE COMO ANTES QUE TE CASES, HAS DE MIRAR LO QUE HACES.

— ¡Dulce! ¡Dulce! exclamó el desconocido reconociendo á la luz de la lámpara á la mujer que ante sus ojos se presentaba. ¡Oh! ¡es Dulce!

Y pasando por la abertura de la reja, fué á caer á sus pies, que besó y estrechó con frenético delirio.

— ¡Rogerio! murmuró con voz débil la condesa. ¡Vos, vos aquí, Rogerio!

— ¡Oh! Te he visto, Dulce, te he visto y todo está olvidado. Miserias y torturas, penas y dolores... ¡todo! Este solo instante paga una eternidad entera de sufrimientos.

Dulce llevó su mano al corazón como si en mitad de él hubiese recibido una herida.

— ¡Los infames! exclamó con amargura. Me habían dicho que estáis libre, ausente.

— ¡Libre! ¡ausente! repitió Rogerio con voz sombría. ¡Oh! solo Dios sabe lo que he sufrido. Desde aquel funesto día en que os amenazaron con mi muerte para obligaros á ceder, desde aquel día me hallo gimiendo en este oscuro subterráneo falto de luz, de aire, de amor, de vida. ¡Ay! ¡han sido muy crueles conmigo, señora, muy crueles! Me han dejado aquí, en esta mazmorra, muriéndome unas veces de frío, ahogándome otras de calor, y sin ver á nadie mas que á ese hombre constituido en mi carcelero, que constantemente me ha dejado la comida sin dirigirme nunca la palabra, mudo á todas mis preguntas, de mármol ante mis súplicas, insensible hasta á mis lágrimas... hasta á mis lágrimas, sí, porque yo he llorado revolcándome á sus pies, Dulce, he llorado como un niño, como un insensato... ¡Y es que mientras he vivido toda la eternidad de un año ignorado de todo el mundo en este subterráneo, mi abuela, Dulce, mi pobre abuela, falta de auxilios habrá acaso perecido de hambre!

Y el page dejó caer la frente entre sus manos, mientras que la condesa pálida como un cadáver, tenía que apoyarse en la pared, por sentirse falta de fuerzas.

— ¡Y todo, por qué, damisela Dulce? prosiguió Rogerio con fuego y levantando hácia ella unos ojos impregnados de ternura y de lágrimas. Porque no he querido ahogar los latidos de mi corazón, porque he amado á una mujer mas que á mi vida, porque no he querido arrancar del alma este amor ardiente, inextinguible, inmenso, que fué mi delicia cuando estaba en libertad, y que ha sido mi tesoro mientras he gemido prisionero. ¡Ay! sí, á todas horas, á todos momentos, en la oscuridad de mi noche eterna, jamás he dejado de verte, Dulce, resplandeciente de belleza como un ángel, vestida de luz como el buen genio que se me presentaba por guía. El amor me ha llevado sobre mis sufrimientos, el amor me ha hecho fuerte en mis dolores, el amor me ha dado vida para ir lentamente alimentándome en medio de esa agonía incansable, trabajosa y prolongada que mina el corazón de los presos.

Las palabras de Rogerio penetraban como puntas aceradas en el pecho de Dulce, que permanecía inmóvil y muda, pero revelando lo que sufría por medio de ligeros estremecimientos. El page continuó como si contestara á una pregunta que no se le había hecho.

— ¡Si habré sufrido yo, Dios mío!... ¡Ay! he ido perdiendo las ilusiones una á una, como ve caer poco á poco el rosal, marchitas y abrasadas, las rosas que fueron un día su esplendor y su orgullo. Sin embargo, desde que entré aquí, desde que aquí me sepultaron, una idea fija me ha perseguido, tenaz é inclemente, la libertad, porque la libertad era verte, Dulce, la libertad era tu amor, era bañarme á los rayos del sol de tu mirada, era vivir delirando á tus pies, ó morir respirando debajo de tus rejas. Mira, añadió el page señalando la reja y abertura por la cual había pasado poco antes, mas de medio año he tardado en limar esos hierros, y con su auxilio mas de otro medio año he tardado en abrir en un ángulo de mi prisión el camino que hace poco acaba de ofrecer una puerta á mis esperanzas.

Dulce miró los escombros y el agujero; contempló los hierros arrancados de la reja; era una obra de gigante.

Rogerio leyó su pensamiento.

— A los pocos días de estar aquí, dijo, traté de salvarme á toda costa, porque demasiado bien me decía mi corazón que mis verdugos jamás bajarían á abrirme la puerta de la prisión que ellos consideraban como mi tumba. Comencé, pues, á limar los hierros, ansioso de abrirme paso y salir por el camino que seguía siempre mi carcelero. La reflexión vino, sin embargo, á hacerme variar de idea. El sitio por donde entraba el hombre que me traía la comida, debía necesariamente comunicarse con el castillo, según la disposición de estos subterráneos. Estaba, pues, perdido sin remedio, tratando de salvarme por allí. Era preciso que mis tentativas se dirigieran por otra parte. Tenía observado que algunas veces un rumor sordo, ahogado y continuo se dejaba sentir sobre mi cabeza cuando me reclinaba en

aquel ángulo, y á fuerza de pensar en ello, conocí que no podía provenir de otra causa que de la lluvia. Ahora bien, si era la lluvia, la parte del subterráneo que yo habitaba debía salirse del castillo y penetrar en el campo. Resolví entonces agujerear la pared en aquel ángulo mismo y cerca del techo, trabajo impropio que he llevado á cabo con toda la paciencia y la fuerza de voluntad que podía inspirarme solo el amor. Esta mañana he conocido que mi obra tocaba á su término y que bastarían solo algunos minutos de trabajo para que, desmoronándose parte del techo, se abriera á mis ojos un camino de salvación. Decidí esperar que me hubiese hecho el carcelero su visita diaria para obtener su resultado, y decidí bien... porque hé ahí la libertad y hé aquí el amor, exclamó Rogerio señalando el agujero y clavando sus ojos en la damisela; las dos cosas á un tiempo. Mi alma late de júbilo y placer, y estoy loco, verdaderamente loco de alegría. ¡La libertad! ¡el amor! ¡mi sueño eterno! mis únicos pensamientos, en la soledad de este vasto sepulcro donde me habían enterado.

Rogerio se apoderó con febril entusiasmo de una de las manos de Dulce que esta no se atrevió á retirarle, y que el page bañó con sus lágrimas. Un religioso y sublime silencio reinó por breves instantes entre aquellas dos tiernas criaturas nacidas la una para la otra, y que sin embargo, la fatalidad se había empeñado en separar, haciendo que ambas á dos se fortalecieran sufriendo la una el martirio y la otra la agonía del amor.

Rogerio no pensaba nada en aquel instante, no pensaba en otra cosa que en dar expansión á su alma por tanto tiempo comprimida. Tenía allí á Dulce, al ídolo de sus sueños, á la que había poblado con su imagen su soledad y con su recuerdo su vida, y por consiguiente lo tenía todo. Solo que cerraba los ojos é imprimía con delirio sus labios en aquella mano que descansaba entre las suyas, porque temía verla desaparecer como un sueño, huir como una visión, y tener entonces que tornar á sus angustias y tormentos.

En cuanto á la damisela, sufría en silencio, desde que había vuelto á ver al page, una de aquellas luchas horribles, tempestades espantosas que se desencadenan en el corazón de la mujer, y que á veces ¡ay! á veces acaban por secarle como seca el sol de julio la hoja desprendida del árbol. La fuerza de voluntad que acudía en auxilio de Dulce cuando mas difíciles y amargas se le presentaban las situaciones de su vida, acudió también esta vez en su auxilio. La hermosa joven desprendió su mano que el page tenía entre las suyas, y exclamó, imprimiendo á su voz un particular acento de indecible melancolía:

— Mucho habéis padecido, Rogerio, mucho habéis llorado, pero ya Dios pone término á vuestros sufrimientos. Ante vos, y gracias á vuestra constancia y esfuerzos, se abre el camino de la libertad, añadió señalándole la abertura. ¡Partid pues, Rogerio, partid!... ¡y sed feliz!

La damisela no prosiguió porque el corazón iba á venderla, porque la voz comenzaba á ahogarse en su garganta, porque rebeldes lágrimas se agrupaban denunciadoras á sus abrasados ojos. Al oír Rogerio las palabras que acababan de salir de los labios de la joven, sintió como una montaña de hielo desprenderse sobre él, y aturdimiento, asombrado, clavó en Dulce su mirada limpia é interrogadora.

— ¡Partid! ¡sed feliz! murmuró. ¿Por qué me hablais así, damisela Dulce?

El pobre page tenía miedo de adivinar. Dulce reunió todas las fuerzas de su corazón y dió un paso hácia Rogerio.

— ¿Jamás, desde que aquí os bajaron, le preguntó, habéis visto á nadie?

— A mi carcelero solo y á nadie mas.

— ¿Y este no os ha dirigido nunca la palabra?

— Nunca.

— ¿Nada os ha dicho? continuó Dulce insistiendo.

— Nada, contestó Rogerio que no comprendía, pero á quien su leal corazón le decía que algo triste se preparaba.

— Pues entonces, Rogerio, dadle gracias á Dios por haberos evitado uno de los mas atroces tormentos, por haber ignorado hasta ahora que la mujer que os juró un amor eterno, que esta mujer, Rogerio...

La voz de la damisela se veló: se conocía que estaba impregnada de sollozos. El page estaba pendiente de sus palabras.

— Que esta mujer... dijo débilmente como un eco.

— Pertenece á otro, murmuró Dulce con voz ahogada.

— ¡A otro!... ¡á otro!... ¡á otro!... repitió Rogerio como si á medida solo de irlo repitiendo fuese haciéndose cargo.

— Delante de vos teneis á la esposa del conde Arnaldo.

— ¡Oh!

Y el pobre cautivo llevó las manos á su abrasada frente. Se sentía morir. Hubo entonces otro momento de silencio que Rogerio fué el primero en romper.

— ¡Que Dios tenga misericordia de mí! ¡Me vuelvo loco!

Dulce exhaló un suspiro arrancado del fondo de su alma. En seguida, levantando los ojos al cielo con una expresión indefinible, armándose de resolución, imponiendo silencio al grito del amor que gemía en el interior de su pecho, adelantóse firme, serena, sublime, y tocando con el dedo la frente del page y haciéndole levantar la cabeza,

(Se continuará.)

Los viajes

DEL PRÍNCIPE CÁRLOS DE RUMANIA.

El príncipe Cárlos es el viajero mas incansable que hay en sus tierras. Todo el tiempo que no le ocupan los cuidados del gobierno, le consagra á excursiones por un país que está llamado á gobernar, gracias á un inesperado concurso de circunstancias.

En los dos años que han trascurrido desde que puso el pié por primera vez en el territorio de la Rumania, no existe ya seguramente un rincón, ciudad, pueblo ó aldea, que no haya visitado repetidas veces. Le gusta ver por sí mismo, y mezclarse con su pueblo para darse cuenta de sus necesidades.

La última excursion que el príncipe Cárlos ha hecho á la Moldavia, ha durado como unas tres semanas. Salió el 17 de abril de Bucharest, con el presidente del consejo de ministros y el ministro del Interior (el primero solo le acompañó hasta Buzeu), y el joven hospedador estaba de regreso el 9 de mayo en su capital, donde al cabo de dos días, presidia la apertura de la legislatura de este año. Sabido es que al advenimiento del nuevo ministerio siguió la disolucion de la Cámara, donde la mayoría pertenecía á los miembros del antiguo gabinete. A principios de abril hubo nuevas elecciones; y por uno de esos cambios de opinion que son tan frecuentes en la Rumania, y que burlan completamente todas las conjeturas, la mayoría pasó á ser del gobierno.

En esas tres semanas, el príncipe visitó Buzeu, Rimnik-Sarat, Fokchani, Bakau, Roman, Jassy, donde encontró á su hermano el príncipe hereditario de Hohenzollern-Sigmaringen, Niamtzo y su monasterio, Agapia, Veraticu, etc.

Un doble motivo le aconsejó este viaje: el deseo de visitar el campamento fortificado de Furceni, y el cerciorarse personalmente del estado de las obras del ferro-carril de Mihaileni-Jassy-Bucharest.

La red de los ferro-carriles rumanos, cuya creacion se debe en gran parte á la iniciativa del príncipe, se compondrá de cinco líneas principales, por medio de las cuales la Rumania comunicará directamente con el conjunto de la red europea. Ya en la actualidad, la línea de Bucharest á Giurgevo sobre el Danubio está casi acabada, y se entregará á la circulacion en todo este año. Por la línea que ha recorrido el príncipe, las obras se llevan con grande acti-

vidad, y se concluirán antes del plazo fijado en el pliego de condiciones. Todas las obras de arte están hechas, y ya se están ocupando en la construccion de las estaciones.

Furceni, en donde debe establecerse un campamento permanente, está situado en el valle del Sereth, entre Fokchani y Tecuciu. Todo el ejército, menos el cuerpo de los bomberos y los soldados de la flotilla, debe reunirse

ejército es una de las cuestiones que mas preocupa al gobierno del príncipe Cárlos. A. U.

El velocífero.

Mas de una vez hemos señalado ya á la atencion de nuestros lectores el incremento que habia tomado en Paris la moda del velocífero, que á su aparicion se creyó seria un capricho pasajero, y que muy al contrario tiende á generalizarse de una manera que no deja duda sobre su porvenir. El velocífero ha penetrado poco á poco en todas las ciudades, y no tardará en penetrar en los campos. Ya tiene sus periódicos, que dan á conocer el doble interés de la nueva invencion: *utile dulci*; tiene sus libros, que se multiplican á porfía; tiene su *Almanaque*, que desde su origen le ha clasificado en el número de las creaciones notables por los buenos servicios que están llamadas á prestar; finalmente, tiene sus clubs, sus comités, sus carreras, sus luchas internacionales, que le muestran haciendo conquistas en todo el universo. El velocífero se halla hoy en todas partes, y ha llegado á ser lo que se llama una *señal de la época*.

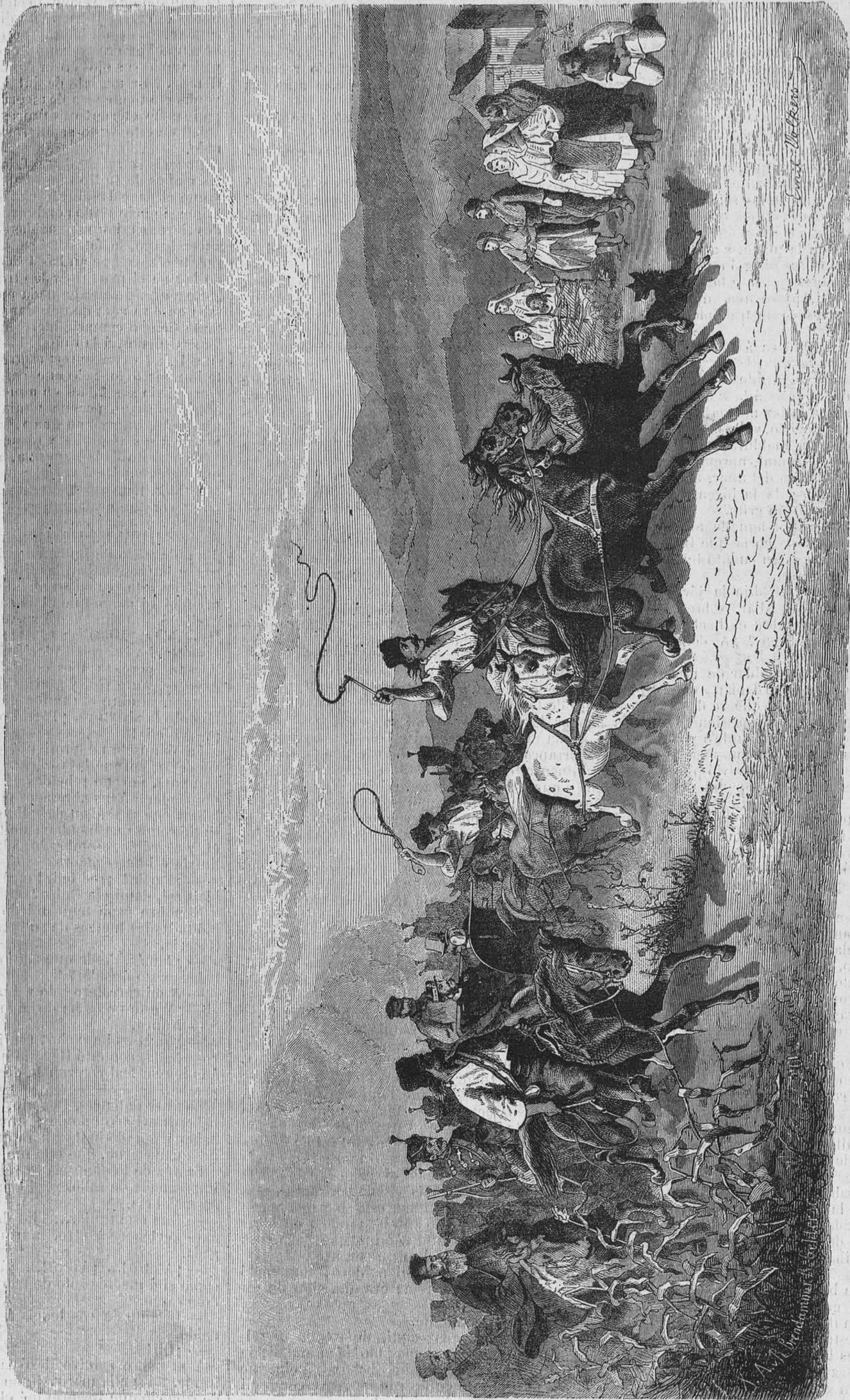
Con efecto, basta reflexionar algunos instantes para convencerse de la utilidad del velocífero en el sistema de la locomocion universal. Hasta ahora todas las ideas de los inventores se dirigian únicamente á la mejora de los vehiculos destinados al viajero. Los ferro-carriles y los vapores eran la suprema expresion de esos laboriosos perfeccionamientos.

Pero ¿y el que no tiene mas carruaje que sus piernas? De este infeliz nadie se acordaba; y justamente, porque el público ha comprendido desde luego que el velocífero colmaba este inmenso vacío bajo el doble concepto de la rapidez y de una comodidad elegante, la nueva invencion ha tenido una boga tan general y tan inmediata.

Con efecto, en todas partes hay mas viajeros á pié que en coche, y por consiguiente, el velocífero corresponde á una necesidad no menos importante que la de la locomocion férrea. Ahora bien, á los viajeros que van á pié les ofrece el velocífero un aparato que disminuye la fatiga triplicando la velocidad de la marcha.

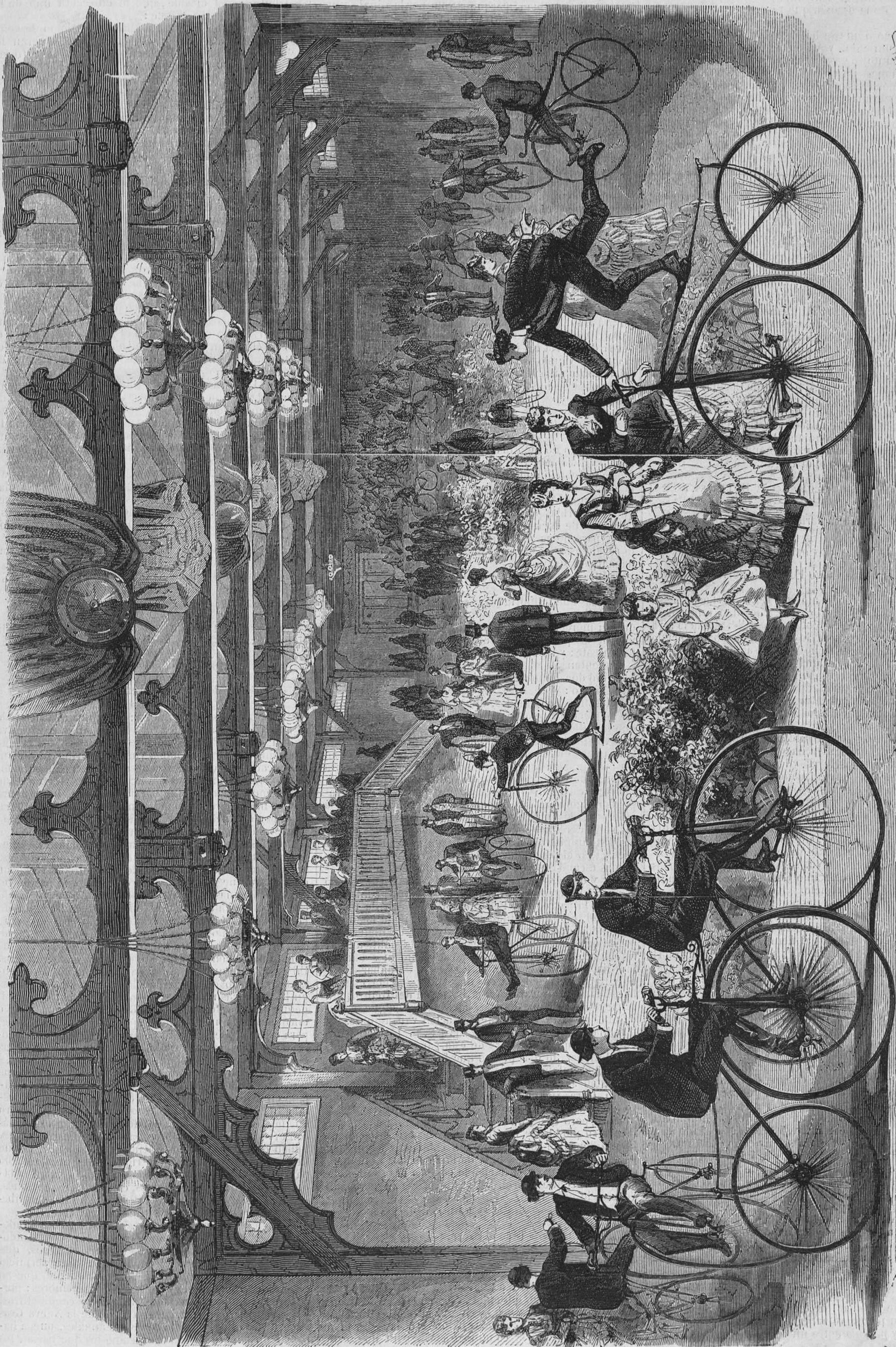
¿No bastan estas consideraciones para explicar el gran éxito del velocífero?

Sin embargo, para saber manejar debidamente este nuevo instrumento de locomocion, se necesitan leccio-



Viajes del príncipe Cárlos de Rumania en sus Estados.

allí hácia el otoño. Este ejército se compone hoy en dia, además del servicio de la intendencia, de las tropas de administracion y del servicio sanitario, de dos divisiones de infantería, una de caballería, otra de artillería y de ingenieros. Todas estas tropas se hallarán al mando superior del general Macedonsky. La organizacion del



El velocífero en Paris. — Escuela de maniobras.

nes, y con este fin, la Compañía parisiense de velociferos ha abierto una escuela que representamos en nuestro dibujo.

Hace muy poco que se ha abierto al público este curioso establecimiento, y ya en el día ha venido á ser uno de los puntos de reunión del mundo elegante. En algunas lecciones, un entendido profesor hace del discípulo un velociferista consumado. La instalación presenta el aspecto mas pintoresco que puede imaginarse, y por esto no hemos vacilado en representarle en nuestro periódico como una actualidad de la vida parisiense.

H. V.

Manuela,

NOVELA ORIGINAL POR EUGENIO DIAZ.

(Continuacion.)

«Mi amigo don Tadeo: Mándeme con el portador los modelos para las declaraciones que se han de tomar contra don Blas, don Demóstenes y la heroína. Le aviso que los oligarcas están todos impuestos de que se halla usted en las montañas del distrito; y tenga cuidado con el viejo Elías, porque si no está pasado está muy próximo á estarlo, y tengo mis sospechas de Cecilia. ¡Cuándo era que ese filósofo que no cree en mas moral que en la que resulta del principio de utilidad, no trataba de conquistar placeres, seduciendo á Cecilia, que es la mejor de todas las parroquianas! Deseo que Vd. no lo pase tan mal en su ermita y que mande á su afectísimo amigo que lo aprecia y lo distingue.

PASCUAL ACUÑA CIFUENTES.»

Tomó en seguida otra carta y leyó lo siguiente:

«Bogotá, abril 7 de 1856.

Señor Judas Tadeo Forero Gutierrez.

Mi querido y pensado amigo: En contestación á su apreciable del 9 del pasado marzo, le digo que por lo que hace á su recomendado no tenga Vd. cuidado: ya está escarcerado, que era lo que importaba, y por lo que es la sentencia no tiene Vd. que afanarse. Nuestras leyes tienen toda la tolerancia que se necesita para salvar á los pobres que no saben robar por los medios legales de la gente grande.

En cuanto á las candidaturas, le diré que yo votaré por el candidato del partido liberal neto, cuya presidencia es la mas adaptable para el estado de civilización en que se halla nuestra república. La república verdadera es la que puede marchar con las ideas del país. ¿De qué sirve que las leyes y las constituciones vayan á la vanguardia, si los ciudadanos van á la retaguardia? De ahí vienen las eternas revoluciones, así como exponería yo á tropezones y porrazos eternos á mi hijo de cinco años, si lo hiciera correr con mis botas, mi chaqueta y mis calzones. Recuerde Vd. nuestro programa de la revolución de abril: un gobierno sin las exageraciones de los gólgotas, ni la pachorra de los conservadores. Es menester que Vd. se interese en que todos voten por el doctor patrocinio Cuellar, que es el candidato del partido liberal neto.

Es menester que no se descuide Vd. con don Blas y don Eloy, que nos querrán ganar las elecciones con sus influencias de dueños de tierras. El programa de los conservadores es volvernos al tiempo de la colonia: inquisición, camándula y picota: ¡hé aquí su programa!

Abrale Vd. mucho el ojo á un tal don Demóstenes, que se ha ido por allá con el pretexto de coleccionar mariposas y cucarachas, y que no lleva sino el objeto de trabajar por la elección del candidato radical, según me lo han asegurado, y de curarse la cancha. Allá se estará ganando á los estancieros con ofrecerles la repartición de las tierras de los hacendados, y con decirles que la propiedad es robo.

— ¡Así, desacreditándonos es imposible! dijo don Demóstenes poniendo la carta encima de la mesa.

— Sí, señor, contestó ñor Dimas; porque un *desacreditado* es lo mas malo que puede haber en la vida.

— Así nos las ganan los conservadores, continuó diciendo don Demóstenes; atravesó la sala, paseándose, y luego se volvió á sentar, para seguir con la lectura.

Usted sabe cuánto trabajo nos costó introducir en la legislación de elecciones la cláusula de los transeuntes. Haga Vd. que entren en la urna electoral unas docientas boletas de transeuntes, aunque por los caminos de esa parroquia nunca pasan sino las manadas de los cafuches. En fin, mucho celo y mucho cuidado. Usted es un patriota excelente, y no ha de querer que la República se pierda por falta de decisión. Entre tanto mande Vd. á su mas afecto amigo, q. b. s. m.

ARÍSTIDES SANCHEZ.»

— ¡Hay que trabajar! exclamó don Demóstenes. ¿Usted por quién piensa votar, ciudadano Dimas?

— Yo estoy *péndulo* entre mi amo don Blas y la niña Manuela.

— ¿Cómo es eso, taita Dimas?

— Pues muy bien; porque si voto por la niña Manuela se me puede enojar mi amo don Blas; y si voto por mi amo don Blas, entonces no me querrá fiar la niña Manuela el anisado, que es el mejor de todos, porque es de contrabando, y á mi me lo mide muy medido y me da tabaco. Bien es que hasta la presente mi amo don Blas no ha echado á ninguno de la tierra por este cuento de las elecciones, como lo han hecho en otras partes.

— Entonces Vd. debe votar por la niña Manuela.

— Así lo haremos, mi amo don Demóstenes.

— Pero mire Vd., taita Dimas: no es por la niña Manuela por la que va Vd. á votar; es por el doctor Manuel Murillo Toro, que es instruido y representa las ideas del partido radical.

— No lo conozco, mi amo don Demóstenes, ni tampoco sé qué será eso de radical.

— El partido liberal genuino es el que se llama radical. ¿Vd. no es liberal?

— Mucho, mi amo don Demóstenes, porque yo no quiero que se acabe la religión, ni que nos manden los congresos, que dicen que son los que nos tienen en la miseria y en las guerras de todos los días. A un hijo me lo mataron en la revolución pasada, y si los españoles no nos vuelven á gobernar, ¡quién sabe en qué parará esto!

Don Demóstenes se quedó mirando al ciudadano, á ver si descubría los indicios de la chanza y de la malicia; pero viendo que se quedó muy serio, formó su juicio sobre sus ideas políticas y se reservó para otro día la obra de ilustrarlo. Tomó otro papel en la mano, y leyó:

Señor arzobispo de la metrópoli...

— Pero yo no oigo mas leyendas de papeles, dijo el ínclito ciudadano, y se fué despidiendo de su amo Demóstenes, y poniéndose las quimbas, que se había quitado para entrar.

— Amigo, le dijo el bogotano, Vd. ha hecho una conquista soberbia, porque el archivo de don Tadeo es una colección de documentos muy curiosos para la historia de la parroquia; yo le quedo á Vd. muy agradecido y le regalo estos dos fuertes para que compre una buena hacha para su trabajo.

— Díos se lo pague, mi amo, y le dé la gloria y le dé mas.

— ¿Mas que la gloria?

— No, no, mi amo: mas que dar á los pobres; porque su merced no es como otros, que hablan de lástimas de los pobres, se sirven de ellos y no les alargan un chicote; y adios, mi amo, hasta que nos vaya á ver á la montaña.

Siguió don Demóstenes la lectura del papel que tenía en la mano:

«Nosotros los firmados, que componemos la mayoría de los vecinos de este distrito, sentimos mucho tener que molestar la atención de V. S. I.; pero nos es indispensable elevar nuestras quejas al padre de los fieles para evitar males de mayor trascendencia. Es el caso, Ilustrísimo Señor, que los escándalos del señor cura Jimenez han llegado á un punto que no se pueden mirar con descuido, porque ofenden á la moral, á la sagrada religión católica que adoramos y profesamos, y á la soberanía de la Nueva Granada, con la subversión de todos los derechos y de todas las leyes políticas y civiles. Este ministro del Evangelio, contradiciendo lo que predica en el púlpito acerca de la pureza y castidad, es el mas escandaloso de todos los vecinos en su trato familiar y doméstico, y á los pobres los hace sufrir todo el peso de su codicia, después de predicar contra los ricos de la parroquia. Pero hay otro crimen de mayor gravedad, de que pedimos pronto castigo, por los malos resultados que pudiera causar y es, el de meterse el presbítero Jimenez en los negocios de la política: hay un hecho, entre otros mil, que recomendamos á la sabiduría y discreción de S. S. I., y es el de haber asistido y tomado la palabra en una junta secreta que los hacendados convocaron en la hacienda del Retiro para echar abajo el gobierno. Los documentos en que se funda nuestra justa y humilde acusación van adjuntos, y terminamos pidiendo que se sirva S. S. I. en méritos de justicia, quitar de cura de esta parroquia al presbítero Jimenez, lo mas pronto que fuere posible.»

— ¡Qué infamia la de este gamonal! exclamó don Demóstenes, porque no pudo contener los arrebatos de su ira. Curas infames y malvados habrá, yo no me atrevo á negarlo, curas borrachos, jugadores, licenciosos y avaros; pero el doctor Jimenez es un misionero que ilustra su pueblo, y lo alivia y lo socorre, que tolera las opiniones de los que no son católicos, y que saca partido de todo para el bien de la sociedad. El archivo de don Tadeo me está haciendo conocer las sombras y los misterios que cubren la existencia de un gamonal. Veamos lo que sigue.

«Junio... de 1856.

Señor don Tadeo Forero.

Mi apreciado amigo: Le pongo esta carta para avisarle que por la vía *gatense* no tenemos esperanza de sacarlo á Vd. con bien, porque el cachaco Demóstenes parece que también entiende la estrategia de la *Reco-pilación granadina*, y nos ha puesto las cosas en un estado sumamente crítico; pero hemos acordado un plan para salvarlo, que le comunico á Vd. para que esté listo. Esta carta va por duplicado para mayor seguri-

dad. Ocho reales he tenido que gastar para vencer el patriotismo del alcaide, que le entregará uno de los ejemplares. El plan es este:

A las tres de la mañana asaltará un peloton de gente la guardia, á la voz de ¡viva la libertad, mueran los conservadores y los gólgotas! y Vd. y Juan Acero saldrán de la cárcel á incorporarse con la partida, la cual se compondrá de las personas siguientes: don Matías, con todos sus peones y arrendatarios, don Anastasio, ñor Pascasio y don Pacho.

En seguida nos haremos al archivo y á los pocos reales de la tesorería, y lo proclamaremos alcalde á usted, juez al que estaba antes, que es el juez constitucional; y de presidente del cabildo pondremos al modesto Juan Acero.

Pasaremos á la posada del libertador y lo montaremos en angarillas en el burro carguero de la vieja Patrocinio, con la cara vuelta para atrás, y lo pondremos á unas ocho cuerdas de distancia de la parroquia, con una corzoza, en la cual se leerá este letrero: «El que se mete á redentor muere crucificado.»

Si los aristócratas nos atacan, haremos resistencia y luego les pondremos en revolución todo el distrito, y les expropiamos las mulas y los fondos como hicimos el año de 54, para lo cual contamos con la revolución que debe estallar contra el gobierno el 4 de diciembre, y entonces quedaremos libres de todo cargo. El derecho de insurrección que proclamó el Estado del Socorro el año de 40, es un derecho que vale todos los años, y es justamente el núcleo de la felicidad de los pueblos de Nueva Granada.

Pero si por casualidad el pronunciamiento no saliere bien, Vd. y el ínclito Juan Acero se irán á la ciudad de Ambalema, adonde les llegarán las noticias posteriores, entre tanto que la revolución general estalla en toda la república para echar abajo al doctor Mallarino, que no debe mandar porque no es militar, ni hace todo el ruido que debe hacer un presidente.

Mañana será Vd. libre, y la bandera de la libertad estará tremolada en todas las cuatro esquinas de la plaza, y los tiranos oligarcas de las haciendas y el tiranuelo gólgota de la parroquia ya no mandarán sobre nosotros. La enseña de esta revolución será: «Arriba los descalzados, abajo los calzados.»

La divina Providencia ha de querer secundar nuestras buenas intenciones y la justicia de nuestra causa.

Dios y libertad. Su afectísimo amigo y copartidario,

PASCUAL ACUÑA.»

Después de esta carta pasó don Demóstenes á leer la siguiente:

«Bogotá, mayo 1º de 1856.

Señor don Tadeo Forero.

Mi apreciado señor y amigo: Yo nunca olvidaré todo lo que Vd. me favoreció ahora há dos años que estuve en esa, y que Vd., su señora y su entenada me cuidaron tanto; y si no les había vuelto á escribir ni á mandar recado ninguno desde que me vine, no había consistido sino en mis grandes ocupaciones, y en que no había encontrado á ninguno de por allá, hasta ahora que se me ha proporcionado un conducto seguro, cual es la persona del cazador Elías, á quien encontré en la plaza vendiendo plátanos y cueros de cafucho y de oso.

Después de saludarlo, me tomo la confianza de interesarme con Vd., á fin de que las elecciones de esa parroquia para la presidencia de la República, se hagan de manera que nos salga un presidente que nos dé todas las garantías de estabilidad y paz que hacen la dicha de las naciones; un presidente que asegure el orden, la propiedad, la familia, la libertad de creencias para que no se desmorone el orden social en la *canfragación* de la anarquía que amenaza en todos los ramos de la administración y en todas ideas, privadas y públicas. Un presidente que les garantice á los pueblos las creencias y el culto que sea mas de su gusto, sin ingerirse en las prácticas religiosas de los individuos; un presidente que no tenga ínfulas de virey, conquistador ó encomendero; un presidente que no sea de chafarote, para que los pueblos vean de una vez si quieren ser gobernados por el terror de las bayonetas, ó por la dirección modesta de un republicano de casaca negra.

Le hablo á Vd. con esta confianza, porque me acuerdo de que Vd. me dijo que aunque había trabajado en favor de la revolución del año de 54 ya se estaba inclinando al partido conservador neto, y espero que nos ayudará con eficacia, de acuerdo con los demás conservadores del distrito, que son en gran número, y tienen de su parte á los dueños de trapiches, lo que tiene es que son ricos, y la riqueza les hace estorbo para trabajar por su partido, porque Vd. lo habrá notado, que los conservadores ricos, con cortas excepciones, son mas hostiles á nuestro partido que los mismos liberales; así es que lo mejor será no contar con ellos.

Es menester que no se dejen alucinar los conservadores de por allá con la segunda candidatura conservadora, que llaman nacional, ó de los ferro-carriles, que no tienen objeto, y nos puede hacer bastante perjuicio por la división. Yo le hablo á Vd. francamente, que no sé qué programa es el que ofrecen estos hombres; porque yo creo nacionales todas las cuatro candidaturas, y en cuanto á ferro-carriles, no creo que la Nueva Granada, con millon y medio de rentas anuales, pueda hacer ni un puente de calicanto como los que hacían los vireyes; ni creo que tenga uso un ferro-carril en la

Nueva Granada, sino cuando tenga poblacion y tenga industria, y paz sobre todo.

Ojalá que Vd. compre los folletos y los periódicos relativos á las candidaturas, para que se imponga sobre esta interesante cuestion, pues aquí está esto lleno de papeles elogiando cada cual á su candidato y vituperando á los otros. Haga Vd. todo lo posible, y no espere remuneracion de los hombres. La tranquilidad de la conciencia es el mejor premio para los hombres de bien. Salvemos la familia, la moral y la propiedad de las garras del socialismo, que amenaza destruirlo todo.

Soy de Vd. afectísimo servidor y amigo.

JUAN DE DIOS AGUIRRE. »

A la lectura de esta carta se siguió otra, acerca del mismo asunto, pero en un sentido diametralmente opuesto, y decia lo siguiente :

« Bogotá, 13 de abril de 1856.

Señor Judas Tadeo Forero.

Muy apreciado y distinguido señor : A nombre de una junta privada eleccionaria me dirijo á Vd., conociendo las ideas de progreso que siempre lo han distinguido, para que Vd. nos ayude á trabajar en la lid eleccionaria que se agita en favor del gran partido radical. Usted bien conoce que la rémora del progreso material é intelectual en esta república, que marcha á la vanguardia, ha consistido en las influencias de sacristía y en la oposicion sistematizada de los oligarcas, y en particular en los efectos letales con que abate y anonada los espíritus débiles la hidra de la teocracia, que ha sido siempre la peste de las naciones incipientes. Usted sabe que para ser buen liberal es necesario ser protestante ; usted sabe que el centralismo y la república á medias, es la guarida de los retrógrados, de los inquisidores y de los fanáticos en general ; de consiguiente, yo no tengo que esforzarme demasiado para persuadir á Vd. de que hay que trabajar sin descanso, sin reparos, sin temor de ninguna clase, por la candidatura radical, única que puede salvar el país de las letales influencias del catolicismo y elevarlo á la cúspide de las naciones mas civilizadas del mundo.

Le incluyo el programa de la presidencia radical tomado de las publicaciones de la prensa liberal y de los discursos del congreso y de las sociedades y asambleas patrióticas, y le incluyo algunos impresos para que usted los haga circular en todo ese distrito, sin omitir diligencia ni arbitrio : que lean y oigan leer en el cabildo, en las calles y la plaza, en las ventas y figones, en los trapiches y las estancias mas retiradas. Le remito ocho números de *el Tiempo*, que no le costarán á usted nada, y puede ocurrir al correo de la cabecera del canton por los números venideros y las hojas sueltas que se publiquen. Por último, no me resta sino decir á usted á nombre de esta sociedad parcial de elecciones, que Vd. no perderá sus pasos ni sus gastos en la empresa, porque la administracion radical le dará la colocacion mas honrosa y útil de ese distrito, porque los ciudadanos que trabajan con decision en la noble causa de los adelantos sociales, deben tener su premio de la sociedad á que sirven.

Quedo de Vd. su mas atento y obsecuente servidor.

PYGALION VEGA TORRES. »

Despues de esta lectura recogió los papeles don Demóstenes y repletó con ellos los cuatro bolsillos de la levita, los dos de los calzones, y se preparó para ir á visitar al cura y comunicarle las noticias del archivo privado de don Demóstenes, á tiempo que lo saludó su compañero, amigo y fiel guarda de la casa, el muy apreciable Ayacucho, que fué puesto en libertad por Manuela. Despues de darle la orden á su fiel portero para que se echase en el corredor, tomó la calle don Demóstenes, se encontró al cura leyendo un libro de botánica y le participó la noticia de los papeles adquiridos en la cueva del gamonal ermitaño. El prudente cura se sobrecogió de temor previendo todos los secretos que se irian á descubrir entre los papeles del gamonal.

— Y Vd. tiene aquí su parte, le dijo al cura don Demóstenes, descargando bolsillos y echando papeles sobre la mesa, y sacando la representacion de los vecinos al señor arzobispo, se la dió al cura, quien se puso á leerla con mucho cuidado. A este tiempo llegaron don Cosme y don Blas, que venian del Gualandai, de visitar una familia recién llegada.

Los recién venidos se informaron de la adquisicion de los papeles, y el cura le mostró á don Blas las firmas á ruego de todos sus arrendatarios, los cuales pedian que lo destituyesen del destino.

— Yo tenia noticia de estas firmas, dijo don Blas, porque mis arrendatarios estuvieron asistiendo á la parroquia hace ocho dias; pero uno de ellos me dijo que le habian pedido su firma para dar una manifestacion muy honrosa en favor del cura, por su buen comportamiento y por su decidida obediencia á las autoridades locales. Vea Vd. cómo juega don Tadeo con el pueblo, con los hombres honrados y con el arzobispo, y cómo despoja de su honra al ciudadano que mejor cumple con sus deberes.

— Es seguro que la representacion está en poder del arzobispo, que á mí me hacen ir á Bogotá y que esto

me va á perjudicar infinitamente, porque Su Señoría Ilustrísima no tiene noticias de quién es don Tadeo.

— Mañana mandaremos un peon con los informes de todos los hacendados, para que el señor arzobispo no se preocupe, dijo don Blas; eso corre de nuestra cuenta.

— Mil gracias, señor don Blas. Usted ve lo que yo perderia al caer en descrédito para con el señor arzobispo, y para con la gente de Bogotá que llegue á saber estas cosas. Y que estoy temiendo que allá coja algun curioso la representacion y la publique por la imprenta.

— No tenga Vd. cuidado, señor cura : mañana mando el peon con las cartas, á las siete de la mañana.

El cura leyó en presencia de don Demostenes y de los dos hacendados los principales documentos del archivo de don Tadeo, y entre ellos la carta siguiente, que don Demostenes no habia desdoblado :

« Distrito de ***, mayo 7 de 1856.

Mi apreciable amigo don Tadeo : Acabo de recibir una carta de don Francisco, en la cual me dice que él no piensa meterse en asuntos de elecciones este año, porque la patria y los gamonales de la córte le han correspondido como él no lo esperaba á causa de que despues de haberse llenado de entusiasmo por las doctrinas sociales el año de 54, merced á los discursos de los ultra-liberales, habia sufrido un balazo en un costado, de parte de los mismos tribunales y de los tiranos llamados constitucionales, en el dia 4 de diciembre, y despues habia sido condenado con otros varios artesanos al presidio de Panamá, á tiempo que los jefes y motores de la revolucion habian sido indultados, ó auxiliados, ó condenados por mero cumplimiento á vivir unos dias en los lugares mas cómodos de la República.

Esto se lo digo, porque Vd. estaba muy confiado en lo que trabajaria don Pacho para la eleccion del candidato del partido liberal neto, que es el doctor Patrocinio Cuellar; y le agregó á Vd. que Manuela Valdivia, la hija de la vieja Patrocinio Soto, se está ganando los electores con sus tragos, sus miradas y sus caricias, á tiempo que nosotros estamos enteramente descuidados. Escribame lo que haya sobre esto.

Tambien le digo que he recibido una carta del señor Pausánias Aranda, en la cual me dice que debemos unir los votos del gran partido liberal neto á los votos del gran partido radical, porque la division nos puede ocasionar la pérdida de las elecciones de los dos grandes partidos.

Todo esto se lo participo para que Vd. me diga si los liberales netos nos ponemos bajo las órdenes de Manuela en el asunto de las elecciones, ó si combatimos la candidatura de Manuela.

Deseo no tenga novedad, y que disponga del afecto de su amigo.

N. DE N. »

— ¡Manuela metida en las elecciones! Era lo único que nos faltaba, exclamó el doctor Jimenez.

— Y con esperanzas de triunfo, dijo don Cosme, si el partido tadeista se le une, como lo anuncia la carta de ese señor. ¡Qué contrastes los de la política de esta parroquia, Dios eterno!

— Y de todas, dijo don Blas; porque así anda toda la república. Pero el retrato de esta parroquia, sacado al daguerrotipo, es el archivo de don Tadeo. Ahí están todas las facciones políticas y religiosas, ahí está la civilizacion, ahí está la marcha progresiva de la república.

Don Demostenes, mientras tanto estaba acabando de pasar á todos los papeles, y de repente dió un grito, diciendo :

— ¡Ah, infame! ¡Ah, malvado!

— ¿Qué es, qué es? exclamaron los otros señores.

— ¡Qué ha de ser, sino que en estos últimos correos no me ha llegado sino una carta de Bogotá, á lo sumo, en cada correo, cosa que yo extrañaba mucho, y aquí encuentro un paquete de cartas para mí, todas de distintas fechas y todas violadas por ese bribon de don Tadeo!

— ¿Y son cartas de importancia?

— De tal importancia, que si cogiera ahora á ese gamonal infame, lo habia de estrangular con mis propias manos, y le habia de sacar los ojos que se atrevieron á leer las cartas de Celia.

— ¿Hay el nombre de alguna señorita de por medio?

— Sí, señores, y no es un secreto que me deshonre, aunque si hubiera querido que no se supiese sino por mi boca y á voluntad mia. Estoy comprometido con una señorita muy respetable por su posicion y su mérito. Al venirme, tuve una ligera disputa con ella, por opiniones religiosas, y la primera carta que recibí de ella en la parroquia me disgustó bastante; pero la ausencia, la meditacion y las juiciosas reflexiones que me hizo cierta persona á quien estimo mucho, me volvieron al buen camino, y escribí buscando con tanto respeto como afecto una reconciliacion. No recibí respuesta ninguna; este silencio, al paso que aquilataba el valor del bien que habia perdido, me causaba la pena que ustedes pueden figurarse. ¡Y ahora que me encuentro con que esas penas se las debo al señor don Tadeo, que se tomaba la molestia de mandar á la cabecera del canton por mis cartas para leerlas muy á sus anchas en su cueva!

— ¡La libertad, señor don Demostenes! ¡Es que aquí hay libertad hasta para sacar las cartas ajenas!

— ¡Qué libertad ni qué pan caliente! Esto no es uso de la santa libertad, sino una cosa que en los Estados Unidos, la república modelo, tiene por recompensa una

celdita en la penitenciaría. Voy á escribir ahora mismo á Bogotá, avisando este robo, para que no extrañen mi silencio en estas semanas que han pasado.

Diciendo esto se levantó don Demostenes para despedirse, y con él los otros dos señores; pero el cura les dijo :

— No les detengo á Vds., señor don Blas y señor don Cosme, porque Vds. viven lejos, y no es prudente andar muy tarde de la noche por esos caminos solitarios; pero Vd., señor don Demostenes, que vive cerca, si se aguardará un rato á acompañarme.

— Dispénsame Vd., señor cura; pero me urge ir á escribir para Bogotá.

— Tiene tiempo de sobra; y además tengo urgencia de hablarle sobre cierto asunto muy importante.

— Siendo así, me esperaré, señor cura.

Se despidieron los dos hacendados, y don Demostenes volvió á tomar su asiento al lado del cura.

XXIX.

DON DEMÓSTENES.

Luego que estuvieron solos don Demostenes y el cura, le dijo este :

— Usted tuvo la atencion de venir á comunicarme ese ignominioso documento de Tadeo, para que yo tomara mis medidas á fin de salvar mi reputacion. En gratitud por su bondad, separé esta carta á tiempo que estábamos leyendo en voz alta todos los demás papeles, porque me parece que Vd. la debe leer á solas.

Don Demostenes tomó la carta, vió que la firmaba don Matias Urquijo, y que decia así :

« La Honduras, junio de 1856.

Mi estimado compadre : La vieja Claudia me entregó la favorecida de Vd. fecha de ayer, y con ella le contesto sin pérdida de tiempo. El plan de Vd. me parece magnífico. Las cartas de la señorita Celia á don Demostenes, que me remite, son como Vd. dice muy bien, documentos preciosos porque prueban la intolerancia de ese feroz verdugo del pueblo. No deje de ver cómo se hace llegar á oídos de esa señora que don Demostenes vive en esta parroquia entregado á toda clase de libertinaje. Creo que valiéndose de don N... se pudiera conseguir este objeto, y el de desbaratarle el casamiento. Yo he averiguado ya quién es esa señora, y sé que es hija de un hacendado muy rico de la Sabana. No hay que dejarlo casar, porque una vez que esté rico puede hacer mas daño á la causa de la libertad. En cambio de su plan le comunico este otro : La vieja Vibora ha averiguado que Dámaso estaba celoso de don Demostenes, como lo estuvo Celestino, el novio de Rosa de Malabrigo. Es menester apurarle los celos á ese majadero, á ver si por medio de él salimos de ese aristócrata. En lo que si nos *pelamos* fué en haber seguido la causa de Manuela con José Fitatá; es lástima de todas esas declaraciones perdidas, porque si en lugar del indio ponemos el nombre del cachaco, la cosa ya estaba hecha. Mire que el viejo Dimas y el viejo Elias son manuelistas : no se fie de ellos, ni se deje ver de ese par de bribones, á quienes tenemos que echar á un presidio apenas salgamos del cachaco.

Reciba muchas memorias de su comadre y todos los de esta casa, y ocupe con satisfaccion á su afectísimo compadre que verlo desea.

MATÍAS URQUIJO. »

— ¡Oh, este es el colmo de la maldad! exclamó don Demostenes, levantándose lleno de rabia. ¿Qué dice usted de esto, señor cura?

— ¡Qué he de decir, don Demostenes! Muy mala idea he tenido de esa gente desde hace tiempo y por muchos motivos.

— Puesto que quieren matar á pesadumbres á Manuela, como mataron á Rosa, mi deber es alejarme para quitarles pretextos. Me voy mañana para Bogotá, señor cura. ¿Qué le parece á usted?

— Mucho sentiré su ausencia; pero no puedo menos que aprobarle esa determinacion. Si en principios políticos no estamos acordés, sé, desde que lo conocí, que en principios de honradez y de delicadeza si somos partidarios. Hace Vd. muy bien en irse.

— Pues prepare sus órdenes, porque mañana vendré á caballo á recibirlas.

— Mis órdenes, como Vd. las llama, ó mi súplica, como yo la llamaré, es muy sencilla. Usted ha hecho en la parroquia un estudio mas provechoso que el que hizo en los Estados Unidos. Allí vió Vd. cómo es un pueblo extraño; aquí ha visto cómo es nuestro pueblo. Allí vió Vd. qué civilizacion se debe imitar; pero aquí ha visto qué vicios hay que corregir. Estoy seguro de que si va Vd. al Congreso, no se acordará al legislar, de lo que vió allá, sino de lo que existe aquí. Mi súplica, pues, consiste en que no se olvide Vd. de la vida de la parroquia. Y á pesar de que sus principios religiosos no favorecen al clero, le ruego que recuerde que en una de estas parroquias, no hay mas obstáculo para la barbarie que un funcionario moralizador en sus funciones, aunque sea malo en sus ejemplos, que se llama el cura. Usted me ha visto á mí lleno de defectos y de ignorancia, predicarles una moral que tal vez no comprendo, pero que tiende á plantear entre selvas habitadas por hombres semisalvajes lo que Vd. busca por otros caminos, que no lo llevarán á donde Vd. quiere,

esto es, á la república cristiana. Acuérdesse Vd. cuando ataque al clero, de que los curas somos á los liberales de buena fe mas útiles de lo que se figuran, y menos aborrecibles de lo que nos creen...

— Señor cura, si todos los párrocos de la Nueva Granada fueran como Vd., nosotros firmariamos un tratado de alianza con Vds., que no tendría mas objeto que llegar muy pronto á las apacibles regiones de la libertad. Lo que tiene es que nos faltaria un estandarte comun que simbolizara nuestra alianza y la pureza de nuestras miras.

— Se equivoca Vd., don Demóstenes: el estandarte existe, y aquí lo tiene Vd., dijo el cura levantándose y señalando un crucifijo; ahí tiene ese que Vd. llama el Cristo y á quien califica, de una manera tan irreverente como ingrata, de hombre ilustre; el que nosotros llamamos nuestro Señor Jesucristo y adoramos como Dios único.

— A mi vez le diré tambien que se equivoca, porque yo igualmente adoro como Dios á ese modelo de los hombres, á ese Dios de mi madre, ese Dios de Celia, ese Dios de mi corazon, dijo don Demóstenes descubriéndose la cabeza y saludando elegantemente al crucifijo.

— No esperaba menos de Vd., dijo el cura con voz conmovida y estrechando en sus brazos á don Demóstenes. Puede Vd. tratarme como á su esclavo, puesto que reconoce en mi divino maestro á nuestro Dios.

— ¡Oh! Para Jesucristo no debe tener la humanidad sino altares de oro en que sacrifique corazones puros. De Jesucristo no nos aleja sino la Curia romana, esa cueva de supersticiones.

— ¿Cómo, señor don Demóstenes, dijo el cura, limpiándose disimuladamente los ojos, va Vd. á reñir por tan poco con el sublime y divino Redentor? ¿No se alió Vd. con los conservadores el año de 54, á pesar de que los impugna y los cree malos, porque ellos y usted peleaban en favor de la Constitucion de 53? Figúrese usted de la respetable Curia romana no es solamente una cueva de supersticiones, sino una caverna de bandidos; ¿pero no pelea ella por la ley del Gólgota como usted? ¿Por qué no fraterniza con nosotros y duerme en nuestro campamento como durmió en la tienda del general Ortega, en las llanuras de Bosa, la víspera de la batalla?

— Porque nos sucederia con Vds. lo que nos sucedió con el general Ortega y los demás conservadores, al dia siguiente del triunfo del 4 de diciembre; apenas conseguimos la victoria nos dividimos en principios, aunque durante la lucha habíamos vivido como hermanos.

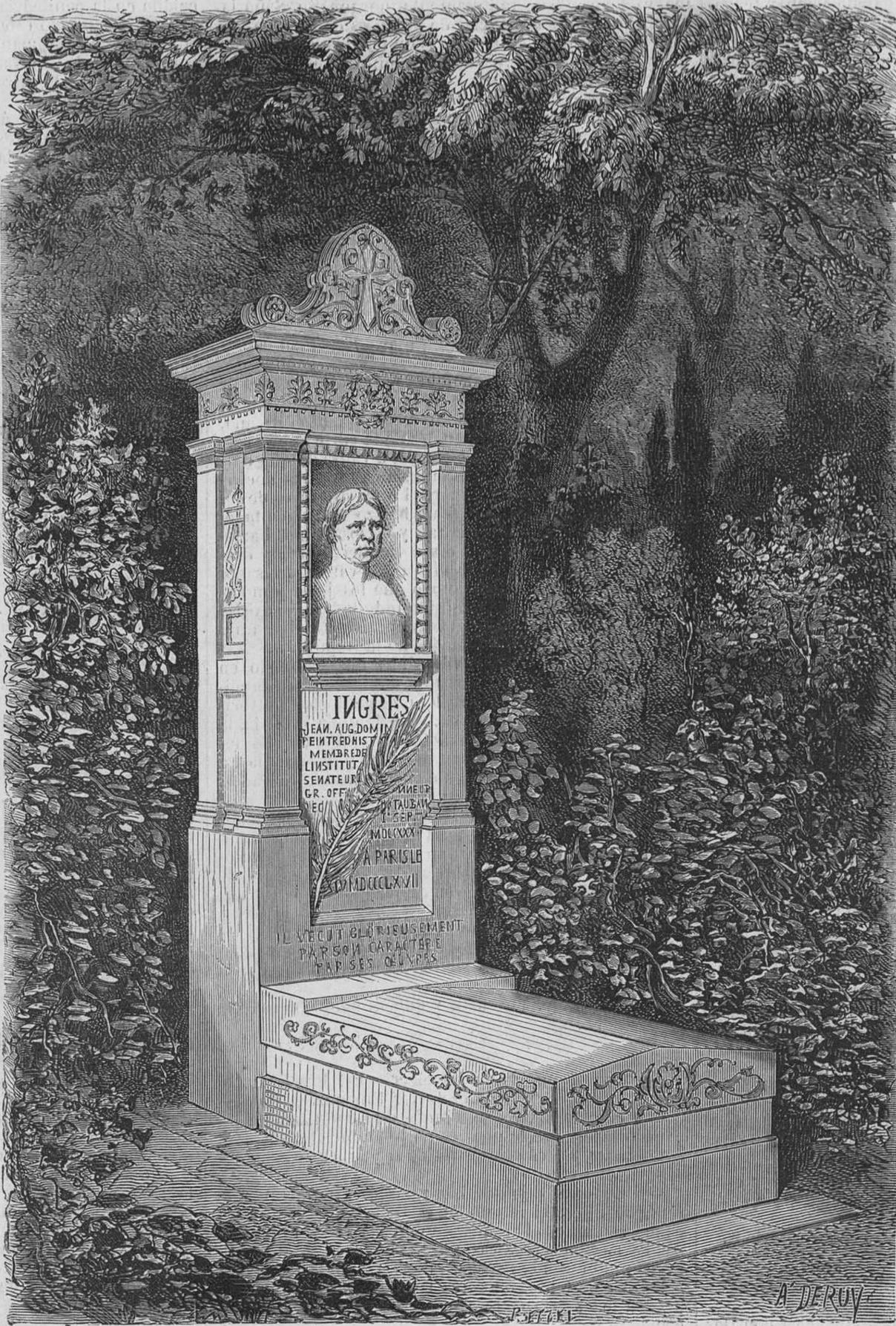
— Pues viva con nosotros durante la lucha de Cristo y sus adoradores contra el mal, contra el mundo corrompido; y como nuestro 4 de diciembre será cuando se concluya el mundo, ya no habrá tiempo de dividirnos, porque la eternidad nos dará un solo programa: ¡Adorar á Dios en su presencia!

— Es Vd. es el mas peligroso de los contrarios, dijo don Demóstenes disimulando su emocion con un abrazo de despedida. Hasta mañana, señor cura.

(Se continuará.)

El sepulcro de Ingres.

El sepulcro del gran pintor M. Ingres, que aquí reproducimos, ha sido elevado en el cementerio del Padre Lachaise por los dibujos y bajo la direccion de M. Baltard, arquitecto de la villa de Paris, el mismo que ha dirigido, en el citado campo santo, el del banquero



Monumento fúnebre de M. Ingres, en el Padre Lachaise.

Barnheim Allegni, el del filósofo eclético Cousin y el de Hipólito Flandrin, otro pintor célebre. El sepulcro de Cousin es una copia exacta del de Escipion, cosa bastante singular; pero así lo han querido los albaceas del filósofo. En vano el arquitecto les dijo que quizás no convenia la misma tumba para laureles tan distintos, y que naturalmente exigian emblemas muy diversos: ¡palabras perdidas! Fué preciso pasar por ello, y en esto hemos ganado una reproduccion exacta y severa de la tumba del célebre romano.

La de Ingres presenta mucha analogia con la de Hipólito Flandrin.

Es una piedra derecha de mármol blanco que ofrece un grueso de 40 centímetros. El motivo principal es la cabeza del ilustre artista, cortada en busto en la masa por M. Bonassieux, miembro del Instituto.

Debajo del busto hay una inscripcion que resume los diversos títulos de Ingres, y que atraviesa una palma diagonalmente. A los lados se encuentran dos candelabros, y del uno de ellos penden rollos que tienen por inscripcion en caracteres griegos estas palabras: *Iliada, Odisea*, para recordar una de las obras maestras de Ingres, y la *Apoteosis de Homero*, pintura tan admirada en 1827 en el techo del Louvre, y que le valió al jefe de los pintores idealistas tan fulminantes ataques de los partidarios del naciente romanticismo.

Del otro candelabro cuelga una paleta, la paleta inmortal en donde se mezclaron los colores que animaron, bajo la inspirada mano de Ingres, tantas y tan admirables obras: Edipo y la Esfinje, Rafael y la Fornarina, Francisca de Rimini, el Tintoreto y el Aretino, la Muerte de Leonardo de Vinci, Rogerio libertando á Angelica, Enrique IV en familia, la entrada de Carlos V en Paris, el Voto de Luis XIII, que hizo sensacion en la Exposicion de Bellas Artes del año 1824, el Nacimiento de Venus, Jesus en medio de los doctores, Juana de Arco en la consa-

gracion de Carlos VII, la Fuente y tantas otras que no acuden á mi memoria al correr de la pluma. Finalmente, corona el sepulcro una antefix griega de una escultura delicada y fina.

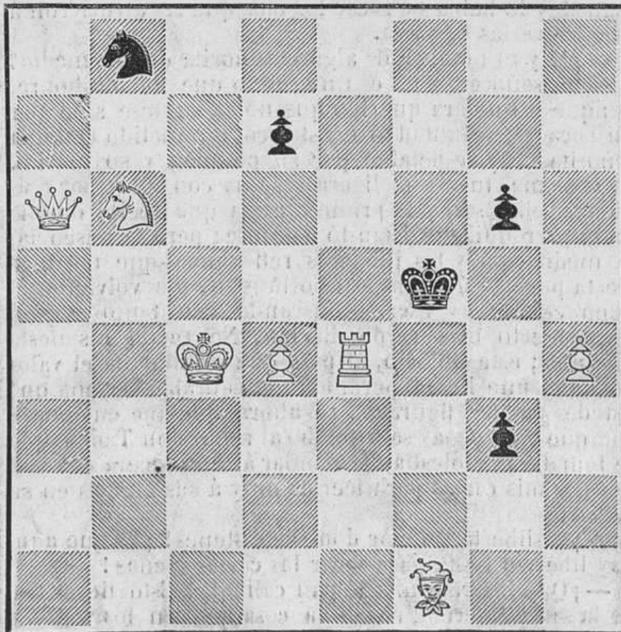
Tal es, á vista de pájaro, la nueva obra de M. Baltard, que verdaderamente hace honor á su nombre, por lo propio que es del genio cuya memoria debe recordar: esa es, en efecto, la tumba que habria podido desear el eminente discípulo de Rafael y de David; sencilla como Ingres fué sencillo, correcta como su dibujo, sobria como su pintura.

Consignaremos aquí en conclusion, que M. Baltard es el arquitecto de la iglesia de San Agustin y de los Mercados centrales. C. P. D.

Problemas de ajedrez. (1)

PROBLEMA NÚMERO 290, POR M. VICTOR GORGIAS.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

(1) Solucion del número 289.

- 1 Rª 6ª AR R toma T
- 2 Rª 6ª ARª A toma Rª
- 3 C 4ª AR R juega
- 4 P ó A jaque-mate.

Los Editores-Propietarios responsables

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.